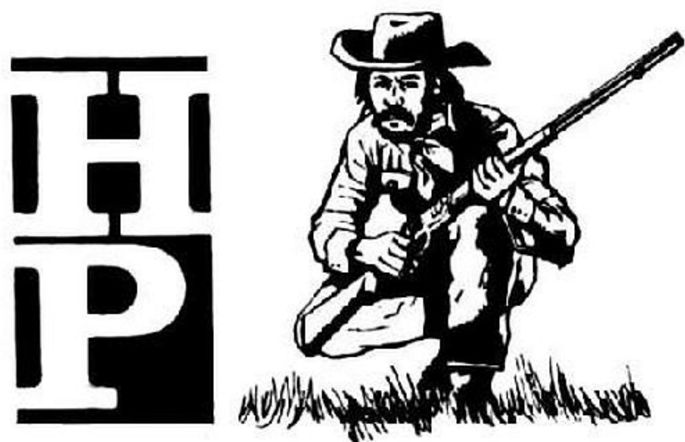


TRES CUELLOS PARA LA HORCA

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

TRES CUELLOS PARA LA HORCA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 514
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 29921-1979

Impreso en España -Printed in Spain

3 ª edición: noviembre, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Charles Franckey, *sheriff* de Mosquero, vio abrirse la puerta de la oficina. Su ayudante, Emile Masón, cerró a sus espaldas y avanzó hacia la mesa.

—Buenos días, *sheriff*.

—¿Dormiste bien, muchacho?

—De primera.

—Entonces, ¿estás preparado?

—Sí, señor.

—Ya conoces cuál es tu obligación.

—Entregaré al detenido al *sheriff* de Roswell y luego regresaré.

—Exactamente, Emile, pero recuerda esto. El detenido estará esposado en todo momento, y si yo estuviese en tu lugar, no le dejaría las manos libres ni para comer.

Masón rió.

—Descuide *sheriff*. Le daré la comida como a un niño pequeño.

—Si no te entretienes en Roswell, puedes estar de vuelta en seis días.

—Una vez haya entregado al detenido, no tengo nada que hacer en aquella ciudad. De modo que me tendrá aquí dentro de esos seis días.

—De acuerdo, Emile. Vamos allá.

El *sheriff* se puso en pie dirigiéndose hacia el corredor que conducía a las celdas mientras Masón cogía el llavero que colgaba de la pared. El ayudante apretó el paso y llegó al mismo tiempo que su jefe ante la puerta enrejada.

—Abre —ordenó Franckey.

Masón introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar.

El *sheriff* tiró de la puerta y se introdujo en la celda. Tendido en

el camastro había un hombre.

—Arriba, Griffith.

El llamado Griffith no se movió.

—Llegó la hora, Griffith —repitió el *sheriff*.

El recluso puso los pies en el suelo y empezó a moverse lentamente mientras se cubría la cara con las manos. Daba la impresión de que acababa de despertar de un sueño.

De pronto se abalanzó sobre el *sheriff*, a quien golpeó en el estómago.

Franckey lanzó un grito y sus piernas empezaron a doblarse.

Griffith lo atrajo hacia sí y su mano derecha se movió rápidamente hacia la funda del representante de la ley, pero en eso se oyó la voz seca del ayudante que había quedado junto a la puerta.

—¡Quieto, Griffith, o lo aso!

El detenido interrumpió el movimiento de sus manos cuando ya sus dedos estaban tocando el revólver que gravitaba junto a la cadera del *sheriff*. Miró al ayudante y por unos momentos tuvo la intención de apoderarse del arma, a pesar de todo. Pero Masón, como si leyese su pensamiento, levantó el «Colt» listo para disparar.

—No haga eso, Griffith. Desde esta distancia no acostumbro a fallar.

El *sheriff* se echó contra la pared e inspiró profundamente llevando aire a sus pulmones. Luego quedóse mirando a Griffith.

—Vuelve atrás, muchacho —ordenó.

El preso obedeció lentamente.

Yul Griffith estaba por los veintiocho años de edad y era muy alto, moreno, de rasgos faciales enérgicos y ojos muy azules.

En la celda se produjo un largo silencio que fue interrumpido por Masón.

—¿Se encuentra bien, jefe?

—Algo mejor —contestó Franckey.

El ayudante endureció el rostro.

—Le voy a dar un escarmiento a este tipo.

Echó a andar hacia Griffith con las pupilas muy brillantes.

—Te lo prohíbo, muchacho —murmuró Franckey.

Masón se detuvo, y sin apartar la mirada de la figura del detenido, dijo:

—¿Por qué no me deja, *sheriff*? Con un par de muelas menos seguirá comiendo lo mismo.

Franckey observó a Griffith.

—No te preocupes, Masón. Ya le darán su merecido en Roswell. Para cuando llegue lo tendrán todo preparado.

Masón sacudió la cabeza mientras sonreía.

—Seguro que es así. Allá deben de tener muchas ganas de ver a Griffith danzando de la rama de una encina.

El *sheriff* respiró otra vez profundamente y dijo:

—Dame las esposas, Emile.

El ayudante cogió las esposas que tenía en su cinturón y las arrojó al *sheriff*, quien las cazó al aire. A continuación, el *sheriff* ordenó:

—Alarga los brazos, Griffith, y será mejor que ahora no intentes nada.

Griffith se pasó la lengua por los labios y extendió los brazos, uniendo las manos.

El *sheriff* no tuvo que acercarse mucho para ponerle las esposas. Sonó un chasquido metálico cuando el cepo quedó cerrado. El *sheriff* miró a la cara de Griffith, preguntando:

—¿Llevas la llave, Masón?

—Sí, en el bolsillo.

—Está bien. Ya te lo puedes llevar.

Masón enfundó el revólver e hizo una señal con la cabeza a Griffith.

—Andando, muchacho.

Griffith se puso en movimiento.

—Espera, Griffith —dijo el *sheriff*—. Te olvidas de algo.

Franckey se acercó al camastro y cogió un sombrero sucio y gastado por los bordes. Acercóse a Griffith, que se había detenido, y se lo puso en la cabeza. Luego el *sheriff* tendió la mano a su ayudante.

—Buena suerte, Emile.

—No se preocupe —respondió Masón, cambiando un apretón—. Griffith se portará como un buen chico. En caso contrario, será peor para él.

Dijo las últimas palabras mirando al detenido, el cual se observó la punta de las botas.

De pronto, se oyó el sonido de una campana a lo lejos. El *sheriff* dijo:

—Date prisa, Masón. Ya tienes ahí el tren, y, como siempre, no se detendrá más de cinco minutos.

—Será suficiente. Hasta la vuelta *sheriff*.

El ayudante y su detenido salieron de la oficina. Ésta se ubicaba al final de la calle y desde el porche se veía la estación a unas treinta yardas. En ese momento, el convoy entraba en el pequeño andén.

El jefe de la estación estaba en un extremo con una bandera roja. Al parecer, no había ningún viajero. Eran las seis de la mañana, y en aquel momento por la calle solamente circulaba un hombre a caballo que se quedó mirando al detenido.

—Aprieta el paso, Griffith —rezongó Masón.

El prisionero obedeció.

Masón saludó al jefe de la estación.

—Buenos días, Harry.

Harry observó a Griffith.

—¿Es cierto lo que hizo, Masón?

Masón sonrió.

—Claro que sí, Harry. No hay ninguna duda de ello.

—Entonces se van a poner muy contentos en Roswell cuando los vean aparecer a ustedes.

—No me extrañaría que hayan decidido celebrar una fiesta en honor de Griffith.

El maquinista del tren hizo sonar la campana repetidamente, y Harry dijo:

—Será mejor que suban, Masón. Tommy se impacienta.

Masón hizo un gesto afirmativo con la cabeza y cogió al prisionero por el brazo, llevándolo consigo hacia el convoy.

Harry fue detrás de ellos, diciendo:

—En el tren no van más de una docena de pasajeros; pero en Grady se les llenarán los vagones. Hay mucha gente que no quiere perderse el rodeo, que empezará dentro de dos días en Portales.

—Aquí mismo —dijo Masón, eligiendo el segundo vagón.

Primero hizo subir a Griffith y luego lo hizo él.

Harry se despidió:

—Buen viaje, Masón.

—Gracias, Harry, ya puede dar la salida.

Masón y su detenido entraron en el departamento.

El vagón tenía capacidad para treinta personas, pero sólo tres asientos estaban ocupados. Éstos eran de dos plazas. Masón eligió el que estaba a mitad del vagón, a la derecha.

Los tres viajeros volvieron la cabeza, observando con curiosidad al detenido. Masón emitió un gruñido a manera de saludo y empujó a Griffith contra la pared ocupando él el lado del pasillo.

El tren dejó atrás la estación de Mosquero y poco a poco fue ganando velocidad. Uno de los viajeros se puso en pie y acercóse al lugar en donde se encontraban Masón y Griffith.

—Buenos días, *sheriff* —saludó el hombre, tocándose el ala del sombrero.

Masón alzó los ojos. Ante sí tenía un hombre de unos treinta años de edad, de cabello negro y rostro varonil. Se cubría con traje oscuro y al cinturón sólo exhibía un revólver junto a la cadera izquierda.

—Perdone, amigo —dijo Masón—, pero no puede acercarse aquí.

—Sólo quería saber quién era el detenido.

—Es algo que no le importa, ¿sabe?

El hombre zurdo miró a Masón y luego a Griffith. Finalmente, esbozó una sonrisa mientras se volvía a tocar el ala del «Stetson».

—Perdone, amigo. No quise molestar.

Dio media vuelta y regresó al asiento.

Masón frunció el ceño.

—¿Conoces a ese tipo, Griffith?

—No —contestó el joven—. En mi vida lo he visto antes de ahora.

—Me gustaría que fuese cierto.

—Ya le comprendo. Usted cree que es un cómplice mío y que está aquí para libertarme.

—Sí, es posible que haya pensado en eso.

Griffith soltó una risita.

—Parece olvidar algo importante, Masón. Usted y el *sheriff* han mantenido en secreto el viaje. Nadie está enterado de que usted y yo acabamos de tomar el tren en Mosquero.

—Es mejor que sea así —repuso Masón—. Fue prometido

entregarte en Roswell y no habrá fuerza humana que me lo impida.

—Le diré una cosa, Masón —dijo Griffith—. Yo también estoy convencido de que usted me entregará en Roswell. —Levantó las manos esposadas—. Tal como estoy, no puedo hacer mucho por buscar la libertad.

Masón le dirigió una mirada mientras se echaba a reír.

—Y te vas a pasar así todo el viaje. De modo que será mejor que lo sepas desde ahora. No te quitaré las esposas absolutamente para nada.

—Corriente, Masón.

A mediodía, Masón sacó unos bocadillos de su saco de mano. Alargó uno a Griffith y comprobó que éste podía servirse perfectamente de sus dedos para comer. Al atardecer llegaron a una estación donde bajó un pasajero y subió otro.

Era ya de noche cuando Masón se levantó para hablar con el revisor al verlo entrar en el vagón. Luego de este diálogo en voz baja, el ayudante se acercó a Griffith y le hizo una señal con la cabeza para que se levantase. Poco después, el detenido quedaba encerrado en un apartamiento muy estrecho provisto con un pequeño agujero de ventilación, donde se transportaban algunas herramientas que podían ser necesarias en caso de avería del convoy.

Masón cabeceó un sueño en un asiento cercano, y al amanecer abrió la puerta del encierro de Griffith, observando que el joven estaba de pie.

Volvieron a ocupar su asiento en el vagón. Griffith hundió la barbilla en el pecho.

—No has dormido, ¿eh, Griffith?

—No, y si no tiene inconveniente, quiero hacerlo ahora.

—Claro que no, muchacho. ¿Por qué voy a oponerme? Duerme todo lo que quieras.

Griffith se echó el sombrero sobre los ojos, y apoyándose en el respaldo, no tardó mucho tiempo en dormirse.

De pronto, lo despertó un terrible restallido. No tuvo tiempo para saber lo que ocurría. Se vio despedido del asiento y su pecho golpeó contra el respaldo de delante. Tuvo la impresión de que sus costillas se partían. Luego su cabeza golpeó contra la pared.

El vagón pareció estallar. Griffith fue de un lado a otro

estrellándose. Oyó un gemido de agonía y preguntóse si no habría brotado de su garganta.

El aire se llenó de chirridos y la madera crujió saltando hecha pedazos. Finalmente recibió un golpe fuerte en la nuca y sintió que se sumergía en la nada.

CAPÍTULO II

Abrió los ojos. Sobre su pecho había algo que le oprimía, impidiéndole respirar. Era una gran plancha de madera. Sintió que por su cara le corría la sangre. Trató de moverse y el dolor le laceró desde la cabeza hasta la punta de los pies. Sólo ahora comprendió lo que había ocurrido. El tren había descarrilado y él se encontraba allí prisionero. Trató de valerse de las manos y escuchó un sonido metálico. Sus esposas le continuaban trabando las muñecas.

Observó por una ranura la luz del sol.

—¡Masón! —gritó.

No tuvo respuesta.

—¡Masón! —repitió con todas sus fuerzas, sintiendo que el pecho le dolía más.

Prestó atención a todos los ruidos y escuchó una especie de chisporroteo, y entonces se dio cuenta de que estaban ardiendo los restos del tren.

—¿Hay alguien por ahí? ¡Eh, amigos! ¡Estoy aquí! Échenme una mano.

No hubo ninguna voz que le respondiese. ¿Sería posible que la docena de viajeros hubiese muerto? Bueno, también podía haber ocurrido que los supervivientes se hubiesen marchado, sin preocuparse de si alguien quedaba enterrado entre los escombros. Pero, en cualquier caso, él debía de valerse por sí mismo para salir de aquel apuro.

Una llama se filtró por entre la plancha a menos de una yarda de él. Tendría que darse mucha prisa si no quería morir asado.

Hizo fuerza hacia arriba con sus brazos. La plancha apenas se movió. Lo intentó otra vez y sonó un crujido. Aquello quería decir algo. Pero ahora el fuego había avanzado un poco.

Lo intentó otra vez y la plancha cedió un poco.

Encogió las piernas, pero no pudo sostener la plancha y volvió a caer. Debía aunar mejor su esfuerzo. Cuando empujase hacia arriba, tendría que aprovechar la oportunidad para salir. Si hubiese tenido las manos libres habría sido más fácil.

Oyó su propia respiración jadeante.

Se tomó un descanso y luego lo intentó otra vez. Sus dientes rechinaron mientras realizaba el esfuerzo. Finalmente pensó que ya existía un buen hueco y retiró las piernas, moviéndose muy rápidamente. La plancha descendió de un golpe porque ya no podía mantenerla un segundo más en alto y él rodó dando una vuelta sobre sí mismo. Las maderas cayeron a un lado y a otro.

Se puso de rodillas y cargó con el hombro sobre los escombros que tenía a su derecha. Éstos cedieron a su impulso y él se derrumbó rodando sobre la hierba, alejándose de aquel horno. Finalmente se encontró tendido cara al cielo. Permaneció así un rato descansando y luego se sentó. La escena que se ofreció ante sus ojos le produjo un escalofrío. Allá estaba el tren en el que él debía haber viajado hasta Roswell. Era un montón humeante de ruinas. Se puso en pie trabajosamente.

Luego dio unos pasos vacilantes, torpes, porque sus piernas habían estado demasiado tiempo inmóviles en aquella trampa. Finalmente se detuvo, azotado por el humo negro que brotaba de los restos calcinados.

—¿Hay alguien con vida?

Nadie respondió.

Entonces caminó hacia la parte que todavía no había sido invadida por el fuego.

Moviendo los brazos que estaban atrapados por las muñecas y las piernas, fue apartando maderas astilladas.

De pronto, vio aparecer una mano que estaba cubierta de sangre. Se dio más prisa en apartar los escombros y ante sí tuvo la figura de Masón, que estaba inmóvil, boca abajo. En su cabeza había una gran herida por la que había manado mucha sangre.

Pasóle una bota por debajo del cuerpo y lo volvió boca arriba. Luego agachóse rápidamente sobre él, aplicándole el oído al pecho. Pero el corazón de aquel hombre había dejado de latir.

Griffith apartó la cabeza poco a poco del cadáver, limpióse la

sangre y el sudor del rostro con la manga. Luego registró los bolsillos de Masón hasta que encontró la llave de las esposas. La cogió entre los dientes y la aplicó a la cerradura. Al cabo de un minuto, las esposas cayeron al suelo, y Griffith se frotó rápidamente las muñecas.

Otra vez se puso en pie, dejando caer la llave. Ahora se dio cuenta de que el fuego había acabado de avanzar porque soplaba una suave brisa hacia la cabecera del convoy. En un principio había pensado sacar el cadáver de Masón, pero ahora pensó que no hacía falta porque no sería pasto de las llamas. Lo que tenía que hacer era alejarse de allí cuanto antes.

Dirigió una mirada hacia el Oeste y vio que al fondo, a cosa de tres millas, terminaba la pradera y se iniciaba el terreno escabroso que culminaba en las cumbres que se veían al fondo. Bien, aquél sería un buen camino para él.

Echó a andar, pero de repente su pie tropezó con algo blando. Se detuvo y observó que allá asomaba otro cuerpo. Agachóse y levantó las maderas dejando al descubierto al hombre. Era el viajero que se había acercado a Masón y a él a poco de abandonar el tren la estación de Mosquero.

No hacía falta que acercase su oído al pecho de aquel hombre. Había recibido un golpe terrible en la cara y ésta aparecía deshecha.

Griffith cerró los ojos con fuerza y permaneció así un rato. Luego los abrió porque un pensamiento acababa de cruzar por su mente. ¿Por qué no? Después de todo, aquel hombre estaba muerto y aquello podía ser la salvación para él.

Se agachó y se puso manos a la obra. El traje de aquel hombre tenía manchas de sangre y el pantalón estaba un poco rasgado, pero podría servirle.

Al cabo de quince minutos, él vestía la ropa del cadáver y éste las suyas. Entonces registró los bolsillos de la chaqueta. Sólo encontró una carta. Leyó el sobre. Iba dirigida a Louis Crawford, calle Franklin, 18. Nansas City. Extrajo la carta y leyó su contenido. Decía así:

«Querido hermano:

»Dentro de un mes habré terminado mi trabajo en

> esta ciudad y regresaré a Nansas City. Me tomé interés en tu asunto y me han prometido que lo solucionarían muy pronto, de modo que puedo darte ya la enhorabuena. Creo que eres un hombre capacitado y que tu espíritu de justicia prevalecerá siempre. Siento no tener más tiempo para decirte otras cosas. Pero ya te las comunicaré cuando llegue a ésa. Entretanto, recibe un fuerte abrazo.
>
> »George».

Metió la carta en el sobre y doblando éste lo guardó. Siguió registrando y encontró seis monedas de a dólar y una de medio dólar. Podía darse por satisfecho. Cogió el cinturón con el revólver y se lo puso, comprobando después que el arma estaba en condiciones.

Diez minutos más tarde había terminado su puesta en escena. Ahora las esposas no trababan sus muñecas sino las del cuerpo sin vida de Louis Crawford. A continuación devolvió la llave de las esposas al bolsillo de Masón.

Luego, dándose mucha prisa, echó a andar a campo a través hacia las montañas del fondo.

Por la altura del sol supo que era mediodía. Sólo se detuvo en un riachuelo para lavarse un poco y continuó su camino.

Dejó atrás la pradera y empezó a internarse en el terreno escabroso.

Al volver una cresta observó un pueblo a la luz del sol que moría. Permaneció un rato inmóvil eligiendo el camino para apartarse de aquella localidad que no conocía y, de pronto, oyó una voz.

—Buenos días, amigo.

Se volvió rápidamente llevando la mano a la funda, pero al instante quedó quieto al ver el jinete que había aparecido tras unos arbustos. Era un hombre viejo de rostro apacible y barba blanca.

—Buenas tardes, abuelo.

Le correspondió:

—Le he estado haciendo señales y lo llamé.

—No lo oí.
—Está un poco nervioso.
—Sí, es posible.
—Aunque yo añadiría más —rió el viejo—. Usted ha nacido hoy.
Griffith sintió un vacío en el estómago. Entonces el viejo soltó un salivazo y dijo:
—¡Infiernos! Vi cómo quedó el tren.
—¿Cuándo lo vio? —preguntó Griffith, haciendo una mueca.
—No iba a pasar por allí, ¿sabe? Pero vi humo a lo lejos y me dio en la nariz que algo había ocurrido. La hoguera está demasiado cerca de la vía.
Griffith sacudió la cabeza mientras se pasaba una mano por la mejilla.
—Sí, fue duro.
—¿Duro, dice? Por todos los diablos, no me habría gustado estar dentro de uno de esos vagones. —El viejo rió, agregando—: A no ser que fuese un tipo con tanta suerte como usted.
Griffith se observó el pantalón rasgado y las manchas de sangre que tenía en su chaqueta. Naturalmente, había hecho bien en aceptar que él había viajado en aquel tren. ¿Qué podía hacer sin caballo por aquel lugar y con el aspecto que él presentaba?
Sintió sobre sí la mirada escrutadora del anciano y pensó que debía proceder con naturalidad. Ya hacía unas cuantas horas que había sobrevenido el accidente.
—Sí, amigo —asintió—. Fue algo espantoso y yo puedo considerarme como un hombre afortunado.
—Mi nombre es Antón Kept —se presentó el viejo.
—Celebro conocerle. Yo soy… Louis Crawford.
Fue el primer nombre que se le ocurrió, el que figuraba en aquel sobre, el del hombre a quien había pertenecido el traje con que se cubría.
—Bienvenido a Sugar Spring, señor Crawford.
Griffith señaló las casas que había en el valle.
—¿Es ése el pueblo?
—Sí, señor. Y todos los que vivimos aquí estamos orgullosos de él.
—Parece bonito.
El viejo descabalgó de la silla.

—Ande, suba.

—De ninguna forma —protestó Griffith.

—Usted lo necesita más que yo.

—Me encuentro perfectamente, señor Kept, y puedo moverme sin ayuda.

Para que el abuelo no insistiese, el joven echó a andar hacia el pueblo. A poco oyó los cascos del caballo. El viejo se puso a su altura.

Entraron por la calle Mayor y Kept señaló una casa de un piso en la que se leía: Hotel Sugar.

—Si usted quiere, puede alojarse ahí y yo iré a avisar al *sheriff*.

Griffith no tenía ningún deseo de enfrentarse con un representante de la ley, y dijo:

—De acuerdo, Antón. Le voy a quedar a usted muy agradecido.

Antón rió, espoleando su cabalgadura hacia delante.

Griffith se sintió observado por unos cuantos hombres que había en las aceras. Por unos momentos, sintió la tentación de dar media vuelta y regresar al punto donde se había encontrado con Kept para continuar su camino a través de la montaña, pero las cosas se habían complicado un poco ahora. Si huía, su conducta sería algo más que sospechosa.

Bueno, ¿por qué debía preocuparse? El era ahora Louis Crawford, y si las cosas se ponían mal, contaba con un revólver.

Entró en el hotel en cuyo vestíbulo vio a un hombre en una silla.

—Buenas tardes —saludó.

El tipo era un pelirrojo de cara pecosa, el cual se levantó rápidamente y acudió al registro.

—Buenas tardes, caballero. ¿Habitación?

Griffith emitió un gruñido de conformidad como respuesta y acercóse al mostrador.

El encargado le ofreció el libro y una pluma que había mojado previamente en el tintero.

Griffith escribió el nombre de Louis Crawford y luego devolvió la pluma al empleado, quien le alargó una llave.

—Tiene la habitación seis. —El pelirrojo sonrió—. Creo que usted llega en el momento justo.

—¿Sí?

—Oí esta mañana que los rancheros han decidido bajar en

medio dólar las reses.

—Gracias por la información.

—Seguro que hace un buen negocio.

Griffith echó a andar hacia la escalera que había al fondo, y, de pronto, el empleado dijo:

—¡Eh, oiga!

Griffith se volvió con las cejas enarcadas.

—¿Y su equipaje? —preguntó el pelirrojo.

—No hay equipaje.

El empleado se quedó parpadeante, mientras Griffith continuaba su camino.

Una vez en su habitación, se despojó de las botas y de la chaqueta y se tendió en la cama.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¿Está ahí, señor Crawford? —preguntó Antón Kept.

—Pase. La puerta está abierta.

El viejo entró, y tras chasquear la lengua, anunció:

—El *sheriff* no está en su oficina. —Antón hizo una pausa—. Yo mismo voy a preparar una expedición hasta el lugar en que ocurrió el accidente. Naturalmente, usted puede descansar entretanto. Seguro que le hace falta.

—Gracias, Antón.

El viejo dio un suspiro y salió de la habitación.

Cuando Griffith quedó solo, empezó a amodorrarse. Durante las dos noches anteriores, no había pegado un ojo pensando en la forma en que podría eludir su viaje a Roswell, y ahora, en aquella habitación, reanudó el sueño interrumpido por el descarrilamiento del tren que lo conducía a la ciudad donde iba a ser ahorcado.

CAPÍTULO III

Griffith oyó que la puerta se abría de golpe y despertó sobresaltado, llevando la mano a la funda.

Pero no llegó a sacar el revólver porque vio entrar en la habitación a Antón Kept seguido de un hombre alto de unos cuarenta años de edad, cabello entrecano y rostro de facciones duras.

El viejo sonrió.

—Somos gente de paz, amigo.

Griffith se pasó una mano por la cara sintiendo un ligero estremecimiento porque acababa de descubrir una estrella de latón sobre el chaleco del hombre que acompañaba al anciano. Luego, oyó la voz de éste.

—Le presento a Gleen Robinson, nuestro *sheriff*, señor Crawford.

Griffith se puso en pie saliendo al encuentro de la mano que Robinson le tendía.

El *sheriff* sonrió, diciendo:

—Celebro que no le haya pasado nada, señor Crawford.

—Yo también —respondió Griffith.

Antón soltó una risita.

—Es usted el hombre del día, Crawford. Monagan ya ha telegrafiado lo ocurrido.

Griffith se mordió el labio inferior. Las cosas se estaban complicando. ¡Infiernos! ¿Por qué se le había ocurrido seguir al viejo hasta el pueblo? Debió desarmarlo cuando lo encontró, quitarle el caballo y echar a correr hacia el Oeste. Estaba seguro de que no lo hubiesen podido cazar. Había cometido un error. Pero todavía estaba a tiempo de repararlo. Se despediría muy amablemente de aquella gente y al cabo de un rato se marcharía de

allí. Sólo tenía que arreglárselas para hacerse con un caballo, y a partir de ese instante, acabarían todas sus dificultades.

Dio media vuelta y se fue hacia la ventana. Era de noche.

De pronto, oyó la voz del *sheriff*.

—Encontramos su cartera, señor inspector.

Se detuvo diciéndose que aquel hombre no se había dirigido a él.

Robinson siguió hablando.

—Se le debió caer durante el descarrilamiento y fue una suerte que no haya quedado destruida por el fuego. Fue a parar justo a un lugar donde no llegaron las llamas. Aquí la tiene, señor inspector.

Griffith giró lentamente, observando la cartera. Era de piel y abultaba un poco.

—Gracias —balbució, introduciéndola torpemente en el bolsillo trasero del pantalón.

El *sheriff* se rascó por detrás de una oreja.

—Hubiese sido una verdadera desgracia que en poco más de cuatro semanas hubiéramos sufrido la pérdida de dos inspectores.

—Es usted muy amable, Robinson —contestó Griffith, sin saber a qué se refería el representante de la ley.

—Hemos dado sepultura a los cadáveres.

—Fue una buena acción.

—Mañana a mediodía llegará un tren de socorro desde Mosquero.

Griffith sintió un nuevo escalofrío al oír hablar del pueblo donde había sido detenido. Miró a Robinson y éste dijo:

—El *sheriff* Franckey nos ha anunciado telegráficamente que vendrá aquí. El pobre hombre debe estar muy afectado. Su ayudante es una de las víctimas.

—Sí, lo comprendo.

El *sheriff* dio un suspiro.

—También murió Griffith, el hombre al que conducían a Roswell. Un buen pájaro. Usted lo vería en el tren.

—Sí, le eché una ojeada.

—Y, naturalmente, usted se dirigía a Roswell.

Griffith se miró las uñas de la diestra mientras decía:

—Ése era mi destino, señor Robinson.

—¿Seguirá usted a Roswell mañana o esperará al *sheriff* de

Mosquero para hablar con él?

Griffith se humedeció los labios con la lengua. El propio *sheriff* de Sugar Spring le daba una ocasión para marcharse, pero no podía exteriorizar su entusiasmo por poder largarse de allí cuanto antes.

—Lo pensaré un poco, *sheriff*.

—Bueno, me hago cargo de que usted quiere descanso. Siento haber interrumpido su sueño.

—No se preocupe, *sheriff*.

—Buenas noches. Supongo que si decide marcharse pasará antes por la oficina.

—Seguro, Robinson.

El representante de la ley hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y salió de la habitación.

Antón Kept hizo chasquear la lengua.

—Infiernos, señor Crawford, cuando lo encontré me dije que usted era una persona extraña.

—¿Sí, Antón?

—Pero luego, cuando el *sheriff* me dijo quién era, todo quedó aclarado. En fin, señor Crawford, ya sabe que me tiene a su disposición.

Griffith le dio las gracias e inmediatamente el anciano abandonó la estancia, cerrando tras de sí.

El joven se acercó rápidamente a la puerta y echó la llave. Luego sacó la cartera del bolsillo. Allá había un papel que desdobló. Su contenido decía así:

> «El Gobierno del Territorio de Nuevo Méjico ha tenido a bien, hoy, 2 de octubre de 1883, nombrar a Louis Crawford, de veintiocho años de edad, natural de Kansas City, Inspector de Comisarías de todo el Territorio de Nuevo Méjico, con el haber anual de cinco mil dólares, que el interesado devengará por mensualidades, siendo de cargo del mismo el pago del Impuesto Federal. Por tanto, y a partir de la referida fecha, Louis Crawford deberá atenerse al reglamento del 13 de febrero de 1881 sobre Inspección de Comisarías».

El oficio estaba fechado en Santa Fe y firmado por Williams Spencer Smith, gobernador del Territorio de Nuevo Méjico.

Griffith apretó los dientes con fuerza, maldiciendo la ocurrencia que había tenido de suplantar la personalidad de aquel hombre. Era nada menos que un inspector de Comisarías. Eso resultaba gracioso. El era Yul Griffith, un hombre a quien esperaban en Roswell para ser juzgado y al que indudablemente estaba reservada la horca, y ahora, por un azar del destino, se había metido en la piel de un representante de la ley, de un inspector de Comisarías que tenía a su cargo el comprobar si los *sheriffs* del Territorio de Nuevo Méjico cumplían con su deber. Y aquel día era el 8 de octubre. Así, pues, Crawford se vio sorprendido por la muerte cuando apenas había iniciado su gestión. Leyó, una vez más, el oficio de nombramiento de Crawford y luego lo metió en la cartera. Había en ésta otro compartimiento. Sacó su contenido y vio con asombro que se trataba de quinientos dólares en billetes.

Bueno, ahora tenía dinero para llegar hasta la frontera. No debía preocuparse. Haría las cosas bien. No tenía por qué perder la calma. Franckey, el *sheriff* de Mosquero, no llegaría hasta Sugar Spring hasta el día siguiente a mediodía. Ahora dormiría tranquilamente y por la mañana se personaría en la oficina del *sheriff*, le pediría un caballo y después de despedirse muy amablemente se pondría en camino hacia la frontera. Naturalmente, debía procurar salir a las ocho o nueve de la mañana, y de esa forma tomaría una ventaja de cuatro o cinco horas, ventaja que sus perseguidores jamás podrían enjugar.

Confortado por estas ideas, se tendió de nuevo en el lecho y poco después dormía.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano y después de hacer su higiene se vistió abandonando la habitación.

El pelirrojo lo saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor Crawford. Es un honor para nosotros tenerlo en nuestro hotel.

—Gracias, muchacho. ¿Dónde está la oficina del *sheriff*?

—Siga esta misma acera a la izquierda, la encontrará junto al saloon de Harrison. Verá el cartel desde nuestra puerta.

Griffith salió a la calle. Mirando en la dirección que le había indicado el pelirrojo, vio el anuncio del saloon y detrás, un poco

más abajo, una plancha de metal en la que estaba grabada la palabra: «*sheriff*».

Echó a andar por la acera de tablones. Algunos transeúntes lo saludaron amablemente con una sonrisa llevándose la mano al sombrero. A todos ellos correspondió Griffith muy serio. Desayunó en el saloon de Harrison y se compró un nuevo traje en el almacén de un tal Crooner. Finalmente llegó ante la puerta de la oficina del representante de la ley, y después de golpear con los nudillos abrió sin esperar autorización.

Gleen Robinson estaba junto a una mesa, examinando un rifle.

—¡Oh, es usted! Buenos días, señor Crawford —exclamó, dejando el arma sobre la mesa.

Griffith le devolvió el saludo y avanzando se sentó en una silla.

—¿Ha descansado bien? —preguntó Robinson.

—Dormí de un tirón y eso es lo importante. Ahora quiero emprender el viaje a Roswell.

El *sheriff* lo miró a la cara y sacudió la cabeza.

—¿No espera al *sheriff* de Mosquero?

—No me puedo entretener y estoy seguro de que usted podrá dar un buen informe al señor Franckey.

—Sí, lo hice anoche mismo. ¿Quiere usted verlo?

Griffith aceptó por no herir la susceptibilidad del *sheriff*. El informe que había hecho Robinson se refería solamente a lo que él había visto en el lugar donde sobrevino el descarrilamiento, y a continuación se refería al único superviviente de la catástrofe, el señor Louis Crawford, inspector de Comisarías de Nuevo Méjico, y hacía destacar igualmente el que hubiesen muerto en el siniestro el ayudante del *sheriff* de Mosquero, Emile Masón, y el detenido Yul Griffith cuando ambos se dirigían a Roswell.

—Está perfecto —dijo Griffith, devolviendo el informe al *sheriff*.

—El verdugo de Roswell tendrá menos trabajo —comentó Robinson mientras metía el informe en un cajón de la mesa—. Ahora sólo podrá ahorcar a dos de los salteadores.

Griffith hizo un gesto afirmativo.

—¿Me puede vender un caballo, *sheriff*?

Robinson lo miró frunciendo el ceño.

—¿Está bromeando, señor Crawford? —Luego sonrió—. Puedo regalarle un caballo, pero no vendérselo.

—No quisiera que por mi culpa disminuyese el erario municipal.

El *sheriff* rió.

—Eso es gracioso, señor Crawford, pero no debe preocuparse. Tenemos un establo en donde hay media docena de caballos pertenecientes a tipos que están sufriendo condenas superiores a dos años. Que yo sepa, hay dos que ya no volverán por aquí porque murieron cuando se organizó un motín en la prisión de Yunia. Puede elegir el que más le guste. Venga conmigo.

Fueron por un corredor que los condujo al establo. Éste contaba con una gran puerta que daba a la parte trasera del edificio.

Griffith examinó los caballos, y, finalmente, señaló uno de color canela.

—¿Puedo llevarme éste?

—Se ve que entiende de animales —sonrió el *sheriff*—. Desde luego, es el mejor y justamente su dueño es uno de los dos que murieron.

Robinson se movió hacia la pared donde descansaban las sillas y cogió una de ellas, que puso sobre el potro que Griffith había elegido.

Todo estuvo dispuesto para la partida y Griffith cambió un apretón de manos con el *sheriff*.

—Gracias por todo, Robinson.

El *sheriff* de Sugar Spring se pasó una mano por la mejilla.

—Salude de mi parte al *sheriff* de Roswell. Mark White y yo hemos sido viejos amigos. Estoy seguro de que Mark se llevará bien con usted. Es un tipo eficiente y lo ha probado capturando a Perkins y a Dulles, esos dos peligrosos asesinos.

Griffith hizo una mueca y quedóse mirando al *sheriff* sin decir nada.

El *sheriff* volvió la cabeza.

—¿Le ocurre algo, señor Crawford?

—No, nada.

—Me ha dado la impresión como si estuviese mareado. ¿Está seguro de que se encuentra con fuerzas para emprender el viaje a Roswell?

—Sí, estoy en estupendas condiciones, *sheriff*. Ya nos veremos otra vez.

Robinson titubeó unos instantes, pero por último se dirigió a la

puerta y la abrió de par en par.

Griffith montó en el caballo y lo echó a un trote corto.

—Buena suerte, señor Crawford —oyó que decía Robinson a su espalda.

Griffith volvió la cabeza y agitó la mano en el aire.

Cabalgó hacia el sur, como si realmente fuese a Roswell, pero luego, a unas seis millas del pueblo, movió las bridas del caballo conduciéndolo hacia las montañas.

Su mente era un hervidero de ideas. Había estado decidido a huir hasta el momento en que el *sheriff* nombró a aquellos dos hombres que esperaban en la cárcel de Roswell el momento de ser juzgados. Y él, Griffith, debía ser el tercer reo que se sentase en el banquillo, pero ahora se encontraba en libertad.

Cabalgó durante dos horas por aquellas colinas, y, de pronto, nuevamente tiró de las bridas del caballo. Permaneció reflexivo un rato, y, finalmente, tomó su decisión.

A partir de ese instante, prosiguió su camino otra vez hacia el sur, hacia Roswell.

CAPÍTULO IV

La calle Mayor de Roswell no era ni mejor ni peor que la de cualquier otra ciudad ganadera.

Griffith contó, al paso, una herrería, dos almacenes, tres saloons y dos tiendas de artículos para la mujer. Y allá estaba la oficina del *sheriff*.

Sintióse observado por miradas curiosas mientras descendía del caballo y ataba las bridas al poste. Se palmeó los pantalones y la chaqueta, quitándose el polvo del viaje, y luego subió a la acera. Llamó con los nudillos en la puerta y una voz ronca le anunció que podía pasar.

Griffith se encontró con un hombre sentado tras una mesa. El tipo exhibía su estrella sobre una camisa a cuadros. Estaba por los cuarenta años de edad y su cara ofrecía un feo aspecto porque su nariz estaba torcida y en la frente y en las mejillas mostraba la huella de una viruela que quizá había sido un poco benigna.

—Buenos días —murmuró el representante de la Ley—. ¿Qué desea?

Griffith se dijo que, a pesar de que todo parecía estar en favor de que Crawford se disponía a realizar su primera inspección cuando encontró la muerte, también podía ocurrir que fuese conocido por alguna persona.

Por unos instantes, se arrepintió de haberse dejado llevar por aquel impulso que lo había llevado a Roswell.

Bien. Tomaría sus precauciones.

Sacó su cartera y extrajo el nombramiento de Crawford, el cual alargó al *sheriff*. Mientras éste lo leía, el joven acercó su mano al revólver observando atentamente el rostro de Marc White.

White terminó de leer y se levantó rápidamente.

—Perdone, señor Crawford, no sabía quién era usted.

Griffith se percató de que las palabras del representante de la ley eran sinceras. Cambió un apretón, diciendo:

—No se preocupe, White. Mi nombramiento es reciente y usted no tenía obligación de adivinar mi identidad.

—Robinson nos telegrafió desde Sugar Spring contándonos en pocas palabras lo ocurrido. Le felicito por haber escapado de aquello. —White dio un suspiro—. Es lástima que allá muriese Masón y especialmente ese canalla de Yul Griffith.

Yul carraspeó.

—Sí, fue una pena que Griffith no haya podido ser juzgado con sus compinches.

—Todavía no hemos celebrado el juicio, señor Crawford.

—¿No?

—Robinson nos anunció la llegada de usted y suspendimos la vista hasta que se encontrase con nosotros. Pensé que le gustaría asistir a la sesión.

—Ha sido una deferencia por su parte, *sheriff*. —Griffith ocupó una silla, diciendo—: Siéntese, *sheriff*. Me gustaría hablar acerca de esos dos hombres.

White obedeció.

—¿Qué quiere saber, señor Crawford?

—La forma en que ocurrió todo.

El *sheriff* frunció el ceño.

—Ya envié un informe a Santa Fe. Supongo que usted lo leería.

—Desde luego, White, pero no me gustan los informes. Quiero decir que prefiero los relatos de viva voz. En un oficio se revelan las cosas demasiado protocolariamente.

—Le comprendo, señor Crawford —dijo el *sheriff*, mordiéndose el labio inferior. Hizo una pausa y agregó—: Todo ocurrió, como usted sabe, el 4 de setiembre. A las diez de la mañana, tres enmascarados penetraron en el Banco Ganadero de nuestra ciudad. En aquel instante había seis personas en el recinto destinado al público. El director, el señor Alian Rodney, se encontraba en su despacho. Los ladrones pusieron al público y a los empleados cara a la pared, con las manos sobre la cabeza. Inmediatamente el más alto de ellos saltó la barra y se encaminó al despacho del director. Frank Horbord, uno de los empleados, dejó caer una campanilla con el

codo y eso fue bastante para que uno de los salteadores le disparase un tiro. Frank recibió el balazo en la cabeza y murió instantáneamente. El salteador que se había metido dentro abrió la puerta del despacho de Rodney, cuando el director se disponía a coger un revólver. El forajido hizo fuego y el señor Rodney recibió un balazo en el centro del pecho. Sólo vivió unos diez minutos. Inmediatamente otro de los salteadores que portaba una gran bolsa se metió en el recinto y conminó a los empleados para que la llenasen de dinero. Todo estuvo a favor de los forajidos, empezando por el propio Banco, ya que en el momento del robo, el cajero tenía abierta la gran arca de caudales.

—¿Qué otra cosa más tuvieron, a su favor, *sheriff*?

—Yo no me encontraba en el pueblo.

—¿No? ¿Dónde estaba usted?

—Me habían avisado que uno de nuestros vecinos, Joseph Krafts, estaba borracho y había herido a uno de sus hombres. Krafts es un ranchero que cuando le da por el *whisky*, se le sube a la cabeza y entonces se toma un tipo peligroso. Su rancho se encuentra a unas cuatro millas de la ciudad y justamente cuando ocurrió el robo sólo hacía quince minutos que me había largado de Roswell.

El *sheriff* hizo una pausa, y Griffith dijo:

—Continúe con el asalto.

—Cuando sobrevinieron los disparos cundió el pánico en la calle y no hubo nadie que se opusiese a los salteadores. De todas formas, los tres fulanos se dieron mucha prisa, porque, como le he dicho antes, encontraron fácilmente lo que querían: el dinero. Nada menos que cuarenta mil dólares.

—Sí, es una gran fortuna —asintió Griffith.

—Esos miserables eligieron bien su momento. Estamos en plena temporada de venta y los rancheros realizan ahora sus mejores operaciones. —El *sheriff* carraspeó suavemente, prosiguiendo—: Los fulanos ya no tuvieron ninguna dificultad en abandonar el Banco. Tenían sus caballos a la puerta, de modo que montaron en las sillas y emprendieron la huida.

El *sheriff* se pasó una mano por el cabello castaño, quitándose un mechón de la frente.

—Cuando yo regresé al pueblo habían transcurrido treinta

minutos desde que los forajidos se marcharon. Todos estaban tan sorprendidos que nadie había hecho nada y debo reconocer que mi ayudante era el más asombrado de todos. Lo primero que hice fue despedirlo. Me personé en el Banco y cuando me di cuenta de todo lo ocurrido, inmediatamente organicé el grupo que iba a perseguir a los fugitivos. Todo quedó listo en menos de cinco minutos. Inmediatamente salimos. Yo supuse que los bandidos habrían elegido para escapar las sierras del Munrow y allá nos dirigimos utilizando todos los atajos. Durante ocho horas fuimos de un lado a otro por aquel intrincado terreno buscando una pista, pero desgraciadamente no la encontramos. De todas suertes, mandé un grupo de hombres hacia el Paso Colorado. Allí vive Woody Sibby, un viejo pastor de ovejas. Woody aseguró que por el desfiladero no había cruzado ningún jinete durante toda la mañana. Ésa fue la noticia que me dieron mis hombres, y yo creí en Woody porque siempre me ha parecido un hombre honrado. Así, pues, los forajidos, por alguna razón, se habían quedado en la comarca, aunque quizá habían salido del condado. Yo mismo, durante los dos días siguientes, recorrí las zonas de Tempranillo, Alcaide y Bannister. Todas mis investigaciones resultaron infructuosas.

El *sheriff* dio un suspiro y se puso en pie caminando hacía la ventana. Miró al exterior unos instantes y se volvió, diciendo:

—Pasaron dos semanas. Un buen día, estando en la oficina, se presentó Carson Skinner, un tipo que tiene una posada en Tempranillo. Allá había dos hombres que llevaban tres días en la casa y que gastaban bastante dinero. Respondían a los nombres de Lucky Perkins y Red Dulles y tenían todas las trazas de ser unos forajidos. Fui allá con cinco hombres y sorprendí a los dos fulanos en su habitación mientras estaban durmiendo. Los tipos empezaron a protestar, pero los registramos encontrando en los bolsillos de Lucky dos mil cuatrocientos dólares, y en los de Dulles dos mil setecientos.

—¿Sólo eso?

—Sí.

—El botín fue de cuarenta mil dólares y los salteadores fueron tres hombres.

—Yo imaginé enseguida lo que ocurrió.

—¿El qué, *sheriff*?

—El tercer salteador les había dado esquinazo a sus amigos.

—¿Lo confesaron ellos?

—No, no confesaron nada. Dijeron que el dinero lo habían ganado honradamente trabajando en un rancho de Texas. Lo que hice, por de pronto, fue detenerlos y llevármelos a la celda. Los interrogué pacientemente, pero ellos seguían negando que fuesen los salteadores del Banco Ganadero. Por fin me dieron el nombre del rancho en el que, según ellos, habían trabajado. Era el «Doble Barra B», en Manzano, Texas. Escribí allá y al cabo de unos días recibí la respuesta del *sheriff*. Lucky Perkins, Red Dulles y otro fulano llamado Yul Griffith, habían trabajado, efectivamente, en el «Doble Barra B», per o los tres habían sido despedidos por camorristas, y cuando eso ocurrió sólo recibieron sesenta dólares cada uno por sueldos que se les debía.

El *sheriff* hizo una nueva pausa y acercóse a la mesa. Con las palmas de las manos apoyadas en ésta, mirando fijamente a su interlocutor, dijo:

—Me encerré nuevamente con los detenidos y les leí la carta. Entonces, Lucky terminó por confesar.

—¿Sí? ¿Qué es lo que confesó?

—Que Griffith era el otro hombre que nosotros buscábamos.

—¿Y qué más dijo?

—Nada más.

—¿Quiere decir que tampoco se reconocieron como autores del asalto?

—Tanto Lucky como Dulles dijeron que sólo harían una declaración acusatoria cuando Griffith estuviese con ellos. Pero está claro que al decir Lucky que Griffith era el hombre que nosotros buscábamos, en esas palabras estaba implícito que se reconocían como autores del asalto.

Durante un rato, en la estancia reinó un silencio.

Yul se miró la punta de las botas, y luego levantó los ojos otra vez, deteniéndolos en el rostro del *sheriff*.

—Pero ahora Griffith está muerto.

White se tocó su torcida nariz.

—Sí, ha sido una desgracia para nosotros, pero, de todas formas, eso no servirá para que Lucky y Dulles escapen a su merecido.

—¿Les ha comunicado usted ya la muerte de Griffith?

—Sí.

—¿Y qué han dicho?

—No lo creían. —El *sheriff* dejó correr unos segundos—. Se pusieron a reír. Hasta que se les saltaron las lágrimas de los ojos. Tuve que llamar al doctor Stichel para que los examinase, porque creí que se habían vuelto locos. Stichel dijo que los fulanos habían sufrido una fuerte impresión, y eso también me demostró que ellos habían dicho la verdad respecto a que Griffith era el tercer salteador.

—¿Sabe usted de qué forma fue detenido Griffith?

—El *sheriff* de Mosquero me telegrafió su detención, pero no me lo explicó con detalles. Me dijo que su ayudante Masón me traería un informe completo y me imagino que el informe quedó destruido cuando el tren descarriló.

—Da igual, *sheriff*. Yo se lo puedo decir. —Hizo una pausa—. Hablé con Masón en el tren.

White enarcó las cejas.

—¿Cómo fue esa detención?

—Griffith llegó hace una semana a Mosquero y se hospedó en el hotel Unión de aquella localidad. Lo hizo con su verdadero nombre. El *sheriff* sólo tuvo que personarse en el hotel, mirar el libro del registro y comprobar el nombre de la persona que era requerida desde Roswell. Sacó el revólver, entró en la habitación de Griffith y lo detuvo porque casualmente Griffith se encontraba durmiendo un buen sueño. Griffith preguntó por qué era detenido, pero el *sheriff* no se lo quiso decir. Fue simplemente encerrado en la celda y Franckey solamente le comunicó que muy pronto sería trasladado a Roswell. Griffith insistió muchas veces acerca del motivo por el cual iba a ser traído aquí, y finalmente, el *sheriff* le comunicó todo lo que había contra él. Griffith negó rotundo que hubiese participado en ningún asalto en Roswell. Según él, ni siquiera conocía la ciudad, y cuando pasó por la comarca, lo hizo por Tempranillo, a quince millas de Roswell. El *sheriff* de Mosquero se desentendió de las declaraciones de Griffith diciéndole que no era asunto suyo y que era aquí donde tenía que rendir cuentas y que él sólo cumplía con su deber remitiéndolo a Roswell.

Sobrevino una nueva pausa. El *sheriff* entrecerró los ojos.

—¿Habló usted con Griffith en el tren?

—Sí, y a mí me repitió lo mismo que al *sheriff* de Mosquero.

—¿Y qué conclusión sacó usted, señor Crawford?

Griffith se dijo que era demasiado aventurado por su parte dar una respuesta definitiva.

—Decidí esperar a hablar con usted y con los otros detenidos antes de llegar a una conclusión.

El *sheriff* hizo una mueca.

—No estará usted pensando que esos hombres son inocentes.

—Voy a hablar con ellos, *sheriff* —dijo Griffith, levantándose.

White meneó la cabeza.

—Está bien, Crawford, como quiera. Pero si yo estuviese en su lugar, no perdería demasiado tiempo con ellos.

—Sólo será el necesario.

White abrió un cajón del que extrajo un llavero.

—Por favor, señor Crawford, ¿quiere seguirme?

Griffith fue detrás de White a lo largo de un corredor, que luego se hizo más ancho hasta desembocar en el lugar en que se ubicaban las celdas.

El *sheriff* se acercó a la puerta enrejada, haciendo sonar el llavero. Mirando hacia dentro, dijo:

—Poneos en pie, muchachos. Vais a recibir la visita del inspector de Comisarías, señor Crawford.

Griffith vio a los dos hombres que estaban tendidos en los jergones. Los dos empezaron a levantarse a un tiempo, mientras el *sheriff* metía la llave en la cerradura.

Griffith tiró de la puerta y se coló dentro. Luego volvió la cara hacia el *sheriff*, diciendo:

—Estaré un rato con ellos.

—¿No sería mejor que me diese usted el revólver?

—No se preocupe. Sé usarlo.

—Como quiera. Cerraré la puerta con la llave y usted me llama después.

—Sí, *sheriff*. Ésa es la norma.

White cerró la puerta con la llave y se alejó por el corredor. Entonces, Griffith se volvió lentamente. Los dos hombres ya se habían puesto en pie y lo estaban mirando con fijeza. Los labios de ambos se distendían en una sonrisa.

Griffith dijo:

—Hola, Lucky… ¿Qué tal estás, Red?

CAPÍTULO V

Lucky Perkins frisaba en los treinta años de edad y era de estatura regular, cabeza grande, cabello negro muy alborotado, ojos oblicuos y nariz achatada.

Red Dulles era más joven, no debía haber cumplido los veinticinco años, y era muy rubio, sus cejas eran blancas y su cuerpo de recia constitución.

—¿No te lo dije yo, Red? —murmuró Lucky—. Griffith sería un tipo tan estupendo que se las arreglaría para llegar aquí sin las esposas.

Red se mojó los labios con la lengua, sin dejar de observar la cara de Griffith.

—Yo sabía que Yul era un tipo listo, pero palabra de honor que no pensaba lo fuese tanto… Bueno, ¿qué estamos esperando? Anda, Griffith, llama a ese *sheriff* de pacotilla y le daremos lo suyo. ¿O prefieres que sea yo quien lo haga venir?

Red caminó hacia donde se encontraba Griffith, quizá con la intención de dar un grito para llamar al representante de la Ley. Pero, de pronto, Yul le lanzó un puñetazo a la cara. Sonó un chasquido y el rubio se estrelló contra el jergón y rebotó yendo a parar al suelo.

Lucky miró a su compañero y luego a Griffith. Se puso a reír. Primero lo hizo poco a poco y luego estremeciéndose.

—Tiene gracia. Te juro que tiene gracia, Red…

El rubio se irguió sobre los codos en el suelo y sacudió la cabeza tratando de recuperarse del golpe.

Alzó los ojos inyectados en sangre, brillantes de cólera.

—¡Maldito seas, Yul! —exclamó, poniéndose en pie de un salto —. ¡Te voy a hacer pedazos!

Griffith sacó el revólver y le apuntó al estómago.

—Quieto, Red.

El rubio se detuvo crispando los dedos. Su boca hizo una mueca rabiosa.

—¿Por qué me has pegado?

—¿Tienes el atrevimiento de preguntarlo? Si yo estuviese en mi sano juicio, ahora mismo os daría la ración.

La voz de Lucky llegó desde el fondo de la celda.

—¿Es que no comprendes, Red? Nuestro amigo Yul está enfadado con nosotros.

—Si lo está, peor para él —rezongó Dulles.

—Sois un par de cerdos —dijo Griffith—. De modo que hicisteis el gran negocio en esta ciudad y porque os echaron mano sólo se os ocurrió enredarme a mí en el asunto. —Hizo una pausa, mirando las dos caras que tenía enfrente—. ¿Por qué no le disteis al *sheriff* el verdadero nombre de vuestro cómplice?

Lucky rió.

—Yo te responderé a esa pregunta, Griffith.

—Anda, hazlo.

—No dimos el nombre de nuestro cómplice porque no existe.

Hubo un silencio, y Griffith dijo:

—Prueba otra vez, Lucky.

—Es cierto —insistió Lucky—. Red y yo no tuvimos nada que ver con el asalto al Banco de esta ciudad.

—Os encontraron en Tempranillo con un montón de dinero. ¿De dónde lo sacasteis?

—Nosotros tenemos nuestros negocios.

—Déjate de historias, Lucky. ¿De dónde?

—Vendimos ganado al otro lado de la frontera.

—Robándolo antes a algún ranchero, ¿verdad?

—¡Oh, no, Griffith! ¿Cómo puedes pensar de nosotros semejante cosa? Red y yo lo compramos a un precio muy barato, precisamente a los que lo limpiaron. Nos limitamos a conducirlo más allá de la línea divisoria y lo vendimos a un precio mayor. Fue un beneficio legal.

—Habéis cambiado mucho desde que nos separamos.

—¿Verdad que sí, Yul? Seguramente es que se nos contagiaron tus buenas costumbres.

Red soltó una exclamación.

—¿Qué condenado diálogo es ése? ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo? Anda, Griffith, llama de una vez a ese bastardo *sheriff* y pégale un buen culatazo en la cabeza.

Griffith guardó el revólver en el bolsillo.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Cómo? —chilló Red.

—Ya lo habéis oído los dos. No he venido aquí a sacaros en la forma que vosotros habéis supuesto.

Red cruzó los brazos, haciendo una mueca de asombro.

—¿Lo has oído, Lucky? ¡No ha venido a sacarnos!

—Tienes muy mala memoria, Red —dijo Lucky, sin perder la sonrisa—. ¿Es que no oíste al *sheriff*? Griffith no es Griffith, sino el señor Crawford, inspector de Comisarías.

—¡A mí me importa un rábano el disfraz que él haya elegido para llegar hasta aquí! —exclamó Red, apretando los dientes—. En cuanto me de la gana, doy un chillido y lo desenmascaro.

—Vosotros no haréis eso —repuso Griffith.

—¿No? —retrucó Red—. ¿Por qué piensas que no lo vamos a hacer?

—Yo soy vuestra única salvación.

—Oye, Lucky, ¿qué lío es éste? ¿Tú entiendes algo?

Lucky se pasó la mano por la boca.

—Sí, creo que sí.

—Pues explícamelo.

—Te resultaría la mar de sencillo de comprenderlo si recordases cómo es nuestro buen amigo Yul Griffith. Todo un carácter, sí, señor. Un hombre justo, equitativo, un tipo incapaz de ensuciarse las manos.

—Déjate de rodeos, Lucky, y dilo de una vez —soltó Dulles.

—Griffith se ha llegado a Roswell para investigar el asunto. Es lo que va a hacer ahora, y si de todo ello resulta que nosotros somos inocentes, entonces nos pondrá en libertad.

—¡Pero si somos inocentes!

—Es lo que nosotros decimos, pero él necesita comprobarlo… Anda, Yul, corrígeme si me equivoco.

—No, Lucky. No te has equivocado. Lo has acertado todo.

Red soltó otra exclamación.

—Pero ¿qué has de investigar? ¡Basta nuestra palabra! No somos culpables. ¿Por qué infiernos hemos de permanecer un minuto más en esta maldita covacha?

—No grites tanto, Red.

—Me estás exasperando, Yul. Por eso grito.

—Pues tómatelo con un poco de calma porque aún vas a estar un poco de tiempo aquí.

—¡Maldito seas! Recuerda que te tenemos en nuestras manos y que en cuanto demos el aviso, tú empezarás a gozar de nuestra compañía.

Lucky hizo chasquear la lengua.

—Oye, muchacho, ése no es el modo de tratar a un amigo. ¿Qué clase de ingrato eres tú? Griffith se toma la molestia de venir a tendernos una mano y tú te pones a ofenderlo y a soltarle amenazas. —Lucky dio unos pasos hacia su compañero—. No debes ser así, Red, no es justo.

A renglón seguido le soltó un trallazo en el mentón.

Red se fue contra la pared golpeando la nuca en la piedra y luego se desplomó quedando sentado en el suelo. Puso los ojos en blanco y se desvaneció.

Griffith apretó los puños para lanzarse sobre Lucky, pero éste levantó la mano con la palma extendida.

—Quieto, muchacho, sólo he querido servirte de ayuda.

—¿Tú ayudarme a mí, Lucky? No lo harías, aunque me vieses colgando al borde de un precipicio.

—Bueno, oye, yo pienso que 1 o pasado está pasado y que las personas deben comprenderse.

—No debiste mezclarme en esto, Lucky, pero yo sé por qué lo hiciste. Fue tu odio hacia mí.

—¡Griffith! —exclamó Lucky, componiendo una triste mueca.

—El *sheriff* de la localidad os detuvo y tú llegaste a la conclusión de que estabais perdidos. Pero ocurría una cosa. Se necesitaban tres cuellos para ser ahorcados y entonces se te ocurrió que el mío podía completar el grupo.

—¿Por qué no lo enfocas desde otro punto de vista?

—No hay otro.

—Déjame que hable, muchacho. Tú eres un tipo la mar de inteligente. Red y yo no éramos culpables de ese asalto. Tal como

estaban las cosas, nadie nos podría ayudar, pero de pronto yo me acuerdo de ti. ¿Quién mejor para demostrar que no somos los salteadores del Banco Ganadero de Roswell?

—Siento deseos de romperte la cara, Lucky.

—Pues refrénate un poco. No tengo otra. —Lucky rió—. Gracioso, ¿verdad?

—El hecho de que yo me encuentre aquí bajo una identidad que no es la mía, se debe al puro azar.

A continuación, Griffith contó a Lucky lo sucedido, a partir del momento en que fue detenido en Mosquero.

Lucky se rascó la pelambrera después de escuchar la historia.

—Azar o no, el caso es que has venido a parar aquí, que eres un tipo libre y tienes un revólver. Así que ahora te vas a dejar de esas tonterías tuyas acerca de lo que se debe y lo que no se debe hacer. Siempre he opinado que el camino más corto es la línea recta. Red tiene razón. Ahora llamas al *sheriff*, lo encañonas con el revólver y lo dormimos artificialmente. En un par de minutos estaremos cabalgando en dirección a la frontera:

—Ya verás qué fácil resulta todo.

—No, Lucky no voy a hacer tal cosa.

La cara de Perkins pareció esculpida en granito.

—Me estás hartando, Griffith.

—Vosotros dos me hartasteis ya en el rancho «Barra Doble B». Os pegué una paliza a cada uno, pero eso no os sirvió de escarmiento.

—Todo lo contrario —dijo Lucky, cerrando los ojos—. Lo dijiste antes, Griffith. Sólo sirvió para que yo te tuviese más ganas.

Hubo una pausa. Red empezó a volver en sí, soltando un gemido.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién me pegó? —De pronto fijó los ojos en Lucky—. Fuiste tú, ¿verdad, Lucky? Tú me has pegado.

Estaba casi a punto de echarse a llorar.

—Sí, muchacho. Te pegué porque te pusiste demasiado pesado.

—Y dijiste que eras un hermano para mí.

—Los hermanos mayores pegan a los pequeños, ¿no lo sabes? —Lucky cerró y abrió el puño—. Sólo fue un golpe cariñoso.

Red parpadeó unos instantes confuso, porque le costaba trabajo creer en las palabras de Lucky, pero finalmente se puso en pie y

miró a Griffith.

—¿En qué habéis quedado? —preguntó.

—Justamente ahora se lo iba a decir. —Lucky se volvió hacia Griffith—. El *sheriff* nos anunció que el juicio se celebraría en cuanto llegase el inspector de Comisarías, y tú ya estás aquí. De modo que mañana nos sentarán en el banquillo.

—¿Y qué, Lucky?

—El juicio se celebrará muy rápidamente. Esos fulanos están empeñados en que nosotros somos los salteadores, y, según tú has contado, para ellos Griffith está muerto. Todos estarán contra nosotros, a pesar de que Red y yo insistamos en que somos inocentes.

—Sí, ésa parece ser la situación.

—Y, sin embargo, tú te empeñas en descubrir la verdad.

—Es lo que voy a hacer por vosotros.

—No has pensado en algo muy importante.

—Dímelo tú.

—Lo lógico es que los salteadores se encuentren a mil millas de aquí. ¿De qué forma les vas a meter mano?

—No, muchachos. Si vosotros no mentís, los ladrones se encuentran en la comarca de Roswell.

—¿De dónde sacas eso?

—Existen unos cuantos indicios.

—¿Por ejemplo?

—El asalto fue cometido en un momento en que las arcas del Banco estaban llenas porque los rancheros de Roswell acababan de realizar sus mejores operaciones. Eso parece indicar que el asalto fue cometido por personas que están al corriente de las cosas de aquí.

Lucky soltó una risita.

—¿No te lo dije yo, Red?

—En segundo término —prosiguió Yul—, según el *sheriff*, los bandidos debieron huir hacia la frontera por el terreno accidentado que se alza al sur, pero por allá sólo hay un paso, el que recibe el nombre de Colorado. Yo mismo lo crucé cuando me dirigí a Tempranillo, camino del Norte. Allá había un viejo pastor de ovejas, Woody Sibby, que el día del asalto no vio pasar un solo jinete.

—¿Es eso todo? —preguntó Lucky.

—Creo que es bastante para empezar.

—¡Y un cuerno! —exclamó Red—. A mí no me la pegas, Yul. Tú te vas a largar de aquí dejándonos en la estacada.

Griffith lo miró a los ojos.

—Eres un estúpido, Red. ¿Es que no te das cuenta de que he podido largarme a la frontera bajo mi actual identidad sin necesidad de complicarme la vida con vosotros?

Hubo un silencio. Red se puso a parpadear porque había comprendido perfectamente las palabras de Yul.

Lucky soltó una risotada.

—Lo has dejado fuera de combate, Yul.

—Está bien, muchachos —repuso Griffith—. Ya hemos terminado por hoy, pero recordar una cosa: Para que os pueda sacar de aquí, es condición indispensable que no me hayáis engañado.

—Te hemos dicho la verdad —dijo Lucky.

Griffith miró alternativamente a sus dos antiguos compañeros. Finalmente hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien. Pondré de mi parte todo lo que esté a mi alcance.

Se volvió para llamar al *sheriff*, pero de pronto Red dijo:

—Espera un momento, Yul.

—¿Qué quieres, chico?

—Te voy a dar un motivo para que te des mucha prisa en tu trabajo.

—¿Sí?

—Si llegamos a ser juzgados y llega el momento en que se produce la sentencia, ya puedes estar seguro de que te acusaremos.

—Haces mal, Red —sonrió Griffith por primera vez desde que entró en la celda—. Si yo tomase esa amenaza tuya al pie de la letra, ahora mismo me largaría —esperó a ver el efecto de sus palabras y agregó—: Pero estoy demasiado interesado en este asunto para perdérmelo.

Lucky se puso a reír otra vez espasmódicamente.

Griffith gritó por entre los barrotes:

—¡Eh, *sheriff*! ¡Ya hemos terminado!

Se oyeron pasos por el corredor y poco después apareció el *sheriff* que introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Yul salió fuera y entonces el representante de la ley cerró de nuevo.

Encamináronse hacia la oficina y al llegar allí, el *sheriff* se volvió hacia su interlocutor.

—¿Qué me dice ahora, señor Crawford?

—No han confesado, si es a eso a lo que se refiere.

—Pero ¿cuál es su conclusión?

Yul ladeó la cabeza sin dejar de mirar al *sheriff* y luego dijo:

—Creo que son culpables, White.

Seguidamente dio media vuelta y se alejó hacia la puerta, pero antes de abrir volvió la cabeza diciendo:

—¿Qué hotel me aconseja para alojarme?

—El de Charlie Cobbs.

—Gracias, *sheriff*.

—El juicio se iniciará mañana a las diez, señor Crawford.

—De acuerdo, *sheriff*.

Seguidamente Yul abandonó la oficina del representante de la Ley en Roswell.

CAPÍTULO VI

Yul había descansado un rato en el hotel y ahora, al filo de las doce, penetró en el Banco que había sido asaltado semanas antes.

Un hombre que había contra la pared con un rifle sobre la mesa se enderezó observándole escrutadoramente.

Yul hizo caso omiso del vigilante y se dirigió a una ventanilla ante la que no había nadie. Por el hueco vio la cabeza de un hombre de unos cincuenta años, de cabello blanco. Se disponía a hablar con él cuando de pronto oyó una voz a su espalda.

—Eh, amigo, estese quieto y mantenga la mano alejada de la funda.

Giró la cabeza y vio al centinela apuntándole con el rifle.

Una señora y un caballero que se hallaban al lado de otra ventanilla se volvieron repentinamente y la mujer lanzó un grito llevándose la mano a la boca al ver el arma que apuntaba al desconocido.

Los empleados que trabajaban en el recinto barrado también suspendieron sus faenas prestando atención a lo que sucedía en el lugar destinado al público.

Griffith dijo:

—Un poco de calma, amigo.

—¿Calma dice?… No me gusta su cara.

El tipo que hablaba así era de cejas muy espesas y nariz aguileña y boca demasiado grande para la anchura de su cara.

—Tampoco me gusta a mí la suya —dijo Griffith—. Y no por eso le he apuntado con mi «Colt».

—No tiene gracia el chiste —repuso el vigilante con una mueca —. Identifíquese.

En ese momento se oyó una voz.

—¿Qué pasa, Merrell?

—Un hombre había aparecido por la puerta que daba acceso a la parte del local destinada a los empleados. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, rubio, de rostro bien parecido.

Merrill señaló con el rifle a Griffith.

—Se trata de este forastero, señor Johnson.

—¿Qué pasa con él?

Merrill no supo qué decir al pronto.

—Bueno, es la primera vez que lo veo y me parece sospechoso.

El llamado Johnson dirigió la mirada a Griffith y éste dijo:

—Mi nombre es Louis Crawford y soy inspector de Comisarías.

Los labios de Johnson sonrieron.

—Perdone usted, señor Crawford. Merrill se ha tomado demasiado en serio su función de vigilante —dio unos pasos al encuentro de Griffith tendiéndole la mano—. Celebro conocerle. Soy Phil Johnson, director del Banco Ganadero.

Yul cambió un apretón de manos desviando los ojos hacia Merrill, el cual los estaba mirando con la boca abierta, sin que hubiese bajado el rifle.

—Bueno, Merrill —dijo Johnson—. ¿Qué estás esperando para disculparte?

—Déjelo, no hace falta —dijo Crawford.

—Per… perdone —balbució Merrill y, con el rostro enrojecido, se dirigió rápidamente al lugar que había abandonado segundos antes.

Johnson cogió del brazo a Griffith.

—Venga conmigo, señor Crawford. En mi despacho podremos estar más tranquilos.

Pasaron a la otra parte y una vez en el despacho, Johnson señaló a su visitante un confortable sillón de cuero.

Griffith lo ocupó y Johnson dio la vuelta a la mesa sentándose en una silla giratoria.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Crawford?

—Estoy verificando algunas cosas relacionadas con el asalto, señor Johnson.

Johnson hizo un gesto de sorpresa.

—¿Verificando? ¿Para qué, señor Crawford? —Sus labios volvieron a sonreír—. No me irá a decir que cree en la inocencia de

los hombres que el *sheriff* tiene encerrados.

—Se trata de simple rutina.

Johnson lo miró atentamente a los ojos.

—Oh, sí, desde luego.

—He de informar a mis jefes en Santa Fe, y tenga en cuenta que apenas hace unos días que tomé posesión de mi cargo.

—Usted tiene que demostrar su eficiencia, ¿verdad, señor Crawford?

—Ha elegido usted la palabra justa.

—Estoy a su disposición, señor inspector. ¿Qué quiere saber?

—Según me ha explicado el *sheriff*, los salteadores se llevaron cuarenta mil dólares. Esa importante cantidad formaba parte de los ingresos que habían hecho últimamente los rancheros.

—Sí, señor.

—En el momento del asalto el arca que contenía ese dinero se encontraba abierta. ¿Puede explicarme por qué, señor Johnson?

—Yo era el subdirector y el día del asalto no me encontraba aquí sino en Santa Fe, de modo que lo que le puedo decir son referencias que me han llegado. Creo que le responderá mucho mejor el cajero. ¿No le parece, señor Crawford?

—Es una buena idea.

Johnson cogió una campanilla que había sobre la mesa y la hizo sonar dos veces.

A poco se abrió la puerta entrando un hombre de talla regular que defendía sus ojos con grandes lentes.

—Pase, Houston —dijo Johnson—, quiero presentarle el señor Crawford, inspector de Comisarías —hizo una pausa mientras el otro avanzaba—. Señor Crawford, éste es Andrés Houston, nuestro cajero.

Houston movió la cabeza tímidamente y Griffith le hizo un saludo.

Johnson carraspeó.

—El señor Crawford quiere saber por qué tenía usted el arca abierta en el momento en que se perpetró el asalto.

La nuez de Houston le bailó en la garganta.

—La señora Blanche Owen había presentado un talón por cinco mil dólares. Se disponía a comprar un terreno en Alcaide. Entre los dos hombres de la ventanilla sólo sumaban tres mil dólares y yo

tenía que dar los dos mil restantes. Por eso la abrí, señor Crawford, con tan mala fortuna que entonces entraron los salteadores.

—Suponga que la caja hubiese estado cerrada. ¿Cuánto tiempo hubiese invertido usted en abrirla?

—Es una caja muy antigua. El Banco se la compró a otra institución bancaria de Nueva Orleáns después de la guerra. Para abrirla se necesitan un par de minutos, en el caso de que uno acierte con la combinación.

—¿Quiere decir que usted mismo se podría equivocar?

—No, señor, yo no me equivoco. Es ella la que comete el error porque su maquinaria necesita un buen engrase.

—Suponga que se equivoca. ¿Cuánto tiempo se invertiría en hacer otro intento fructífero?

—Otros tres minutos.

—O sea, que si se hubiese cometido un error al abrirla durante un asalto, los bandidos hubiesen tenido que esperar un total de cinco minutos hasta que se abriese otra vez.

—Exactamente, señor.

—¿Quién es esa Blanche Owen?

—La dueña del saloon Morris.

—¿Por qué no lleva su nombre el establecimiento?

Ahora contestó Johnson.

—Fue Morris quien lo inauguró y quien durante diez años estuvo al frente del negocio. Blanche era una «girl» que él se trajo aquí y que goza de todas las simpatías. Un buen día, Morris se cansó del negocio y se lo traspasó a Blanche. Ella no quiso cambiar el nombre. Es una chica demasiado modesta.

Yul se pellizcó la barbilla pensativo, y finalmente miró al cajero.

—Gracias por su colaboración, Houston. Puede marcharse.

—Me tiene a sus órdenes, señor Crawford —dijo el hombrecillo y salió del despacho.

Johnson golpeó con un lápiz la carpeta que tenía delante.

—¿Quiere escuchar a algún otro testigo?

—Supongo que la información que necesito ahora me la podrá dar usted.

—¿De qué se trata?

—Los salteadores fueron tres e iban cubiertos con pañuelos. Me gustaría saber si alguno de los empleados del Banco o de las

personas que se encontraban entre el público observaron algo en especial en esos hombres, ya sabe, el color del cabello, alguna cicatriz, algún defecto en una pierna al andar…

Los ojos de Johnson se convirtieron en rendijas.

—¿Forma parte también eso de la rutina?

—Sí, señor Johnson. He hablado con el *sheriff* y hasta ahora él no ha podido encontrar ninguna prueba concluyente contra esos hombres. Yo quiero aportarla al objeto de que su condena pueda estar realmente basada en la ley.

—Sí, ya le comprendo, pero me temo que no le puedo ayudar. Personalmente he conversado con mis empleados y con algunas personas de las que estaban en el recinto reservado al público cuando los bandidos cometieron su robo. Nadie ha podido aportar un dato especial con respecto a esos individuos. La razón es explicable. Al principio se sintieron un poco asombrados y luego, cuando mataron a Frank Horbord y al director Rodney, ¿quién iba a fijarse en si uno de ellos tenía un lunar en la oreja o no?

Hubo un silencio y luego Griffith dijo:

—Sí, me hago cargo pero ¿qué me dice de sus tallas?

—Había uno alto que, teniendo en cuenta el comunicado del *sheriff* de Mosqueros, correspondía a la estatura de Yul Griffith. Luego había uno bajo que debía ser Red, ese rubio, y otro de talla regular que corresponde a la figura del tercer tipo, Lucky.

Griffith se echó en el respaldo del sillón y después de permanecer unos instantes pensativo dijo:

—Parece que está todo claro.

—Ningún ciudadano de Roswell ha sentido la menor duda acerca de la culpabilidad de los hombres que capturó nuestro *sheriff*. Y en cuanto a la prueba, por si no fuese suficiente lo de las tallas, esos sujetos no pudieron justificar la procedencia del dinero que se les encontró encima.

—Sí, ya me explicó eso el *sheriff* White. Pero la cantidad fue relativamente pequeña teniendo en cuenta que el botín ascendía a cuarenta mil dólares.

—Eso tiene una fácil explicación. Griffith pagó una miseria a sus compañeros y él se largó con la parte del león.

—Ahí está lo raro.

—¿Qué quiere decir, señor Crawford?

—Cuando Griffith fue detenido en Mosquero, el *sheriff* Franckey sólo le encontró encima tres dólares y setenta y cinco centavos.

Johnson rió.

—Con lo cual demostró Griffith que era un tipo muy listo.

—¿Usted cree?

—Griffith escondió el dinero por si las cosas se le ponían feas. Es mal asunto ir por ahí con treinta y cinco mil dólares encima, especialmente en estos tiempos en que hay carencia de metálico y, por el contrario, abundan muchos hombres dispuestos a apretar el gatillo por ganarse un dólar.

En aquel momento llamaron a la puerta y un empleado joven entró anunciando:

—Señor Johnson, acaba de llegar su prometida.

—Gracias, Tim.

El empleado cerró otra vez la puerta y entonces Yul se puso en pie.

—Gracias por todo, señor Johnson.

—Oh, no se vaya, señor Crawford.

—Ya terminé, Johnson.

—Sí, pero estoy seguro de que mi prometida se va a alegrar mucho de saludarle.

—Perdone, pero en otro momento creo será más oportuno.

—Jocelyn es amiga suya, señor Crawford.

—¿Cómo?

—Sí, e incluso han bailado juntos. Jocelyn me lo dijo hace algunas semanas, cuando regresó de Santa Fe. Allí ustedes fueron presentados por el gobernador en el transcurso de una fiesta.

Yul tuvo la impresión de que le arañaban el estómago con un rastrillo. Miró a las paredes del despacho buscando una puerta de salida que no fuese la que comunicaba con el Banco, pero no la había.

Johnson ya se dirigía hacia la puerta y la abrió de un tirón diciendo:

—Pasa, querida. Está aquí el señor Crawford.

Griffith se dijo que había sido demasiado ingenuo al pensar que pudiera engañar a toda aquella gente.

Apoyó la mano izquierda en la mesa mientras levantaba la diestra y abrió las piernas en compás desabrochándose la chaqueta.

Luego su brazo derecho cayó a lo largo del costado. De esa forma le bastaría con un segundo para desenfundar el revólver porque sabía que, inevitablemente, para salir de aquel pueblo, tendría que abrirse paso por la coacción del revólver.

Oyó un taconeo y vio cómo Johnson alargaba los brazos al encuentro de su prometida.

CAPÍTULO VII

Griffith vio entrar en el despacho a una joven de unos veintitrés años de edad, esbelta, morena, de rostro muy bello. Sus Ojos eran grandes y negros, cabello como el azabache y labios de un rojo intenso.

—Estás resplandeciente, Jocelyn —dijo Johnson.

—Gracias, Philip.

El nuevo director del Banco cogió la mano de la joven y después de besarla se volvió hacia Griffith.

—Aquí tienes a tu amigo el señor Crawford.

Griffith levantó la mano una pulgada hacia el revólver cuando sus ojos se encontraron con los de la hermosa joven. Pero los labios de ésta sonreían y continuaron sonriendo mientras avanzaba hacia él.

—¿Cómo estás, Louis?

Griffith pensó que todo aquello no estaba ocurriendo en la realidad. Probablemente él se encontraba durmiendo en algún lugar, en el hotel de Roswell o quizá fuese el de Sugar Spring.

—Señor Crawford —oyó que le decía Johnson.

Volvió a la realidad viendo que la joven le estaba tendiendo la mano.

—Yo estoy perfectamente —balbució—. ¿Y tú, Jocelyn?

—Muy bien. Ha sido una sorpresa tu llegada.

Johnson sonrió diciendo:

—Yo diría que algo más que sorpresa, ha resultado un milagro. ¿No le parece, señor Crawford?

—Sí, creo que sí —asintió Griffith.

—¿Cómo se encuentran el gobernador y su hija, Louis?

—Los dejé muy bien —respondió Yul al azar.

—Lo celebro mucho. Helen me escribió la semana pasada diciendo que se encontraba con fiebres muy altas. —La joven sonrió mirándole fijamente a los ojos—. Fue una fiesta inolvidable. ¿Te acuerdas, Louis?

—Sí, Jocelyn.

Griffith quería escapar de allí cuanto antes. No comprendía absolutamente nada. Si aquella mujer conocía a Louis Crawford, ¿por qué lo trataba a él como si realmente fuese el inspector de Comisarías? ¿Por qué no lo había desenmascarado al instante? De pronto cruzó una idea por su cerebro. ¿Y si ella no se había decidido a hacerlo porque él tenía un revólver y lo había visto decidido a desenfundar? En tal caso, él debía aprovechar aquellos minutos.

Soltó una imprecación para sus adentros porque su caballo no estaba fuera sino en el establo del hotel.

Ahora Jocelyn le estaba haciendo una pregunta.

—¿Permanecerás mucho tiempo con nosotros, Louis?

¿Qué era aquello? ¿Una trampa o una invitación?

—Me quedaré en Roswell hasta que se haya solucionado lo del asalto.

Johnson intervino nuevamente.

—Habla usted de esa solución como si pretendiese encontrar otro culpable, señor Crawford. ¿O me equivoco?

—Oh, no, en absoluto —dijo Griffith—. Cada vez estoy más convencido de que los hombres que están encerrados en la oficina del *sheriff* son los culpables.

Ahora Jocelyn se había quedado muy seria.

—¿Estás seguro de que esos hombres son los que asaltaron mi Banco, Louis?

Griffith frunció el entrecejo. De modo que el Banco era de ella, de Jocelyn. Infiernos, aquel Johnson iba a hacer una buena boda, pero ¿qué le importaba a él eso? Sólo debía preocuparle el escapar de Roswell antes de que fuese demasiado tarde.

—Bien, Jocelyn. Ha sido un placer el verte de nuevo.

Cogió la mano de la joven y se la estrechó sintiendo el suave calor que emanaba de la blanca piel. Luego se despidió de Johnson.

Jocelyn se volvió rápidamente.

—Louis…

Griffith se detuvo diciéndose que había sido un estúpido en darle la espalda. Ahora ella habría sacado una pistola del bolso y lo estaría apuntando.

Giró la cabeza lentamente, pero no vio ningún arma en sus manos.

—Dime, Jocelyn.

—Quisiera que vinieses a cenar con nosotros esta noche. Nuestra casa está justamente frente a este edificio. Es la de ladrillo rojo.

—Muy bien, Jocelyn. Iré.

Griffith salió del despacho y finalmente del Banco, echando a andar por la acera.

Su mente era un hervidero.

Se detuvo ante el saloon que estaba al lado del hotel, y después de vacilar unos instantes, empujó las hojas de vaivén del local de Blanche Owen.

A aquellas horas solamente había junto al mostrador tres hombres y a la derecha dos mesas aparecían ocupadas, una de ellas por un par de bebedores y la otra por un grupo de ciudadanos que jugaban a algo relacionado con los naipes. Al otro lado del mostrador, atendiéndolo, había un hombre grueso.

—Un *whisky* —pidió Griffith.

El otro escanció en un vaso y Yul bebió a pequeñas pausas.

De pronto, oyó una voz a sus espaldas.

—¿El señor Crawford?

Se volvió. Delante de él había una rubia de unos veintiocho años de edad, de cuerpo escultural y rostro picaresco, de ojos color verde claro.

—Usted es Blanche Owen.

—Lo estaba esperando, señor Crawford.

—¿Por qué?

La joven sonrió, diciendo:

—Me imaginé que me consideraría como una sospechosa.

—Es usted muy sincera.

—Usted ha pensado que yo facilité la labor de los salteadores al presentarme en el Banco pidieron cinco mil dólares.

—Suponga que es así, que he llegado a imaginar esa hipótesis.

—Se equivocaría.

—Usted estaba allí en el momento del asalto, Blanche, y estoy

por apostar a que sus dotes de observación son muy agudas.

—Gracias, señor Crawford.

—Hace un rato me han dicho que todos los testigos del robo estaban muy asombrados y que ninguno de ellos tuvo oportunidad para fijarse en características especiales con respecto a los ladrones. —Griffith hizo una pausa—. Yo me atrevo a esperar que usted no fue como los demás, señorita Owen, que usted se fijó en esos hombres que cubrían su cara con un pañuelo.

—Me fijé.

—¿Y qué puede decir?

—Que uno era de talla baja, otro un poco más alto y, finalmente, el tercero era superior a la normal.

—¿Cuánto le concedería al alto?

La joven se humedeció el labio inferior con la lengua, mientras echaba un paso atrás y medía a Griffith de pies a cabeza. Finalmente, detuvo sus ojos en los de él, diciendo:

—Vendría a medir su talla.

—Gracias, señorita Owen. Pero ¿no podría aportar ningún otro dato?

—No observé ningún detalle particular en ninguno de ellos, a pesar de que, como ya le he dicho antes, los observé con un poco de atención.

—Usted oyó sus voces.

—Sí.

—¿Qué fue lo que dijeron?

—Yo estaba junto a la ventanilla del señor Freud esperando que me pagasen el talón de cinco mil dólares, y de pronto, oí estas palabras: «No pierdan la calma. Esto es un asalto».

—¿Quién dijo eso?

—No lo sé. Cuando volví la cabeza, el hombre que había hablado ya había terminado de hacerlo.

—¿Y después? ¿No dijeron nada más?

—No, señor Crawford. Luego les bastó con hacer hablar a los revólveres.

Griffith cogió el vaso y bebió un trago. Sus ojos volvieron a mirar el bello rostro de la rubia.

—¿Qué opina usted de los hombres que van a ser juzgados mañana, Blanche?

La joven rió.

—Eso tiene gracia, señor Crawford.

—¿Por qué?

—¿Qué importa mi opinión?

—Si le he preguntado es porque considero su respuesta como muy importante.

—Usted dijo antes que yo era muy sincera.

—Sí.

—¿Quiere que lo sea por segunda vez?

—Me gustaría.

—Muy bien, señor Crawford. —La joven hizo una pausa—. Considero que son inocentes.

Sobrevino otro silencio.

—¿Por qué lo cree así?

—Yo no soy el *sheriff* de Roswell, señor Crawford, ni tampoco inspector de Comisarías. Sólo regento un saloon.

—De todas formas, le doy las gracias, Blanche.

—Venga por aquí de vez en cuando.

—No voy a estar mucho tiempo en Roswell.

—Es una pena, señor Crawford. Usted me ha sido simpático.

—Usted a mí también, Blanche.

Yul se buscó una moneda en el bolsillo, pero la joven dijo:

—La casa invita.

—Gracias, Blanche.

Ella lo miró profundamente a los ojos, diciendo:

—Ya sabe dónde me tiene.

Griffith dio media vuelta y salió del local.

De pronto, vio venir por la acera hacia él al *sheriff* White.

—Hola, Crawford. ¿Averiguó algo en el Banco?

Griffith lo miró fijamente.

—Nada que haya hecho cambiar mis ideas.

White sacudió la cabeza desviando los ojos hacia las puertas del saloon de Blanche.

—¿También habló con ella?

—Sí.

—Blanche es una mujer muy agradable. Apuesto a que han quedado como buenos amigos.

—Sí, White.

—¿Quiere que lo acompañe hasta la cabaña de Woody Sibby? Supongo que considerará importante su declaración de que ningún hombre pasó por el Paso Colorado aquel día.

—Ahora no, me encuentro un poco cansado. Quizá vaya en otro momento.

—Vengo de hablar con el juez Kane. Todo está preparado para que mañana se inicie el juicio.

—Muy bien, White. Celebro que usted se tome interés. Hasta luego.

Yul entró en el hotel y subió por la escalera a su habitación. Era la número ocho. Metió la llave en la cerradura y abrió.

Pasó dentro cerrando a sus espaldas, pero ya no dio un paso más porque allá, frente a él, se encontraba Jocelyn apuntándole con una pistola.

CAPÍTULO VIII

—Estese quieto ahí —dijo ella.

—Fue usted muy lista, Jocelyn. La felicito —repuso él.

—Levante los brazos.

—¿Lo considera necesario?

—Es completamente imprescindible siendo usted un asesino.

—Creo que se equivoca, Jocelyn.

—Obedezca o me obligará a disparar.

—Muy bien, levantaré los brazos —dijo Griffíth, alzando las manos.

La joven movió la cabeza.

—Ahora me va a decir qué ha hecho de Louis Crawford.

—El murió.

—¡No!

—Sí, Jocelyn. Murió en el descarrilamiento.

La joven se llevó la mano libre a la sien, mientras sus ojos parpadeaban.

Griffíth empezó a bajar la diestra, pero ella le advirtió:

—Estese quieto. No le avisaré más. A la próxima apretaré el gatillo.

Griffíth obedeció de nuevo.

—Usted mató a Crawford —acusó la joven.

—No, Jocelyn.

—¿Quién me asegura que ustedes dos no quedaron vivos en esa catástrofe? Estoy segura de que usted es Griffith, el otro hombre que debía traer aquí para ser juzgado.

—Es cierto. Soy Griffith.

—Usted y Crawford se salvaron. El quedó malherido. Probablemente usted vio su mejor ocasión para usurpar su

personalidad. Por eso lo remató. Pensó llegarse aquí diciendo que era Louis Crawford para sacar a sus amigos de la cárcel.

—Hay algunos puntos oscuros en su acusación, Jocelyn.

—Son palabras suyas.

—Véalo usted. ¿Cree que si yo fuese un asesino, un salteador, no me hubiese escapado de aquel lugar donde descarriló el tren sin pensar en nadie más?

—No me convence.

—En segundo término, debo recordarle que ya he estado en la cárcel con esos hombres que usted llama mis amigos y entré en la celda con el revólver. Si yo hubiese venido aquí pensando en libertar al precio que fuese a Lucky y a Red Dulles, lo habría hecho en ese momento sin dificultad, y a estas horas nos encontraríamos muy lejos de este pueblo.

—Quizá no lo ha hecho porque piensa pegar otro golpe.

—¡Oh, no, Jocelyn! Sólo adopté la personalidad de Crawford porque él ya estaba muerto y decidí venir aquí porque yo había sido acusado injustamente. No soy el salteador ni el asesino que usted cree.

Hubo un silencio en la estancia, y de pronto, la joven, como si temiese dejarse convencer, dijo:

—Pero usted es amigo de esos hombres, trabajó con ellos en un rancho.

—Sí, Jocelyn. Eso es cierto. Los tres estábamos contratados en el «Barra Doble B», de Manzano, en Texas.

—Celebro que lo confiese. Ya basta.

—No saque consecuencia errónea. Ellos y yo nunca fuimos amigos. Para ser exactos, siempre estábamos a la gresca. Precisamente, al final de una de nuestras peleas, nuestro patrón nos despidió. Entonces yo tiré por un lado y ellos se fueron por otro. Desde entonces no nos hemos vuelto a encontrar hasta hoy en la celda de esta ciudad.

La joven inspiró profundamente.

—Confieso que es usted hábil, señor Griffith, pero existe algo que no podrá destruir.

—¿El qué?

—¿Por qué esos hombres iban a acusarle a usted?

—Me lo explicaron esta mañana.

—Dígalo, señor Griffith, no se lo calle.

—Su odio hacia mí es tan grande que dieron mi nombre porque, según ellos, podían ocurrir dos cosas; que nos condenasen a los tres, en cuyo caso tendrían la satisfacción de verme danzando a su lado, o que yo les librase.

—¿Por qué habían de confiar en usted como tabla de salvación?

—Según Lucky Perkins, soy un tipo muy inteligente.

—Muy modesto.

—No lo digo yo, sino Lucky. Reconozco que sólo a un azar del Destino debo la posibilidad de demostrar mi inocencia.

—Una posibilidad que ya se le acabó, señor Griffith.

—¿Qué va a hacer, Jocelyn?

—Le voy a entregar al *sheriff*.

—¿Por qué no lo hizo en el despacho de su prometido?

—Usted estaba preparado. Le debió extrañar mi sonrisa cuando entré en el despacho, ¿verdad?

—Sí. Dio usted todo un curso de representación teatral.

—Lo vi por la calle cuando usted iba al Banco. No pensaba acudir al despacho de mi prometido esta mañana, pero me ganó la curiosidad. Crucé a la otra parte y pregunté al señor Houston. El me dijo que usted era el señor Crawford y de esa forma conocí la superchería. Tuve tiempo para serenarme.

—¿Por qué no dio usted la alarma en ese momento?

—Temí por la vida de Philip. Usted terminaría por ser aprehendido, pero ¿a qué precio? Desde el momento que usted regresaba al pueblo después de haber matado a dos hombres, era porque estaba dispuesto a matar a cuantos se le pusieran por delante.

Griffith sonrió.

—Según sus palabras, yo soy una especie de perro carnicero, y, sin embargo, no ha vacilado en subir a esta habitación para esperarme.

—Tengo una pistola y no dejaré de apuntarle hasta que lleguemos a la calle y los hombres se hagan cargo de usted.

—A propósito, Jocelyn, ¿cómo llegó hasta aquí? La puerta estaba cerrada.

Yul dio dos pasos hacia ella.

—No se mueva. —Cuando él se estuvo quieto, la joven

respondió—: Sólo tuve que dar un billete de dos dólares al encargado para que me abriese la puerta con una llave falsa.

—Es usted muy atrevida, señorita Jocelyn. ¿Qué va a pensar el encargado de su moralidad?

La joven enrojeció las mejillas.

—Ahora está descubriendo su verdadera personalidad, señor Griffith. Vamos, abra la puerta y eche a andar.

—Muy bien, Jocelyn. Por lo visto, no tengo opción.

—No, no la tiene.

Griffith sacudió la cabeza dando un suspiro de resignación.

—He jugado y he perdido.

Después de pronunciar esas palabras, Yul dio media vuelta y alargó la mano hacia el tirador. Sintió que ella se le acercaba por detrás, y, de pronto, él giró bruscamente dando un salto.

Su mano apresó la muñeca armada y la retorció suavemente, sin mucha fuerza. Mientras caía, la joven se desplomó encima de él, al tiempo que lanzaba un grito. Sus dedos se abrieron y la pistola cayó al suelo.

Jocelyn trató de utilizar los puños para golpear en la cara de Yul, pero éste le pasó un brazo por detrás, inmovilizándola, y cuando la joven abrió la boca para lanzar un grito de socorro, él usó la zurda para impedírselo.

—Escuche, Jocelyn —dijo él con voz ronca, hablando muy aprisa—. No quiero hacerle ningún daño. Lo que le he dicho antes es la pura verdad. No maté al empleado que hizo sonar la campanilla, ni al director, y tampoco maté a Louis Crawford. No robé un solo dólar de su Banco, y para terminar, esta mañana ha sido la primera vez en mi vida que he pisado la ciudad de Roswell. Sólo he venido aquí ganado por la curiosidad. Fui acusado de algo que no he hecho, de dos muertes y un robo, y no me gustaría pasarme la vida en Méjico o en cualquier país extranjero, siendo así que tengo la conciencia tranquila, que soy inocente de todas las imputaciones que se me hacen.

Griffith hizo una pausa escuchando su propia respiración y la de Jocelyn. Ambos estaban respirando el mismo aire porque sus rostros estaban muy juntos.

Luego, Yul retiró la mano de los labios de ella y la joven no dio ningún grito.

Griffith se levantó y trató de ayudarla, pero ella rechazó su mano.

—Es mejor que se vaya, señor Griffith —exclamó Jocelyn, con las aletas de la nariz palpitantes.

—¿Del hotel?

—No, de la ciudad.

—Ya le he dicho que quiero demostrar mi inocencia. Y le voy a agregar otra cosa. Lucky Perkins y Red Dulles son dos tipos de mala calaña, pero, en este caso concreto, estoy dispuesto a apostar a que también son inocentes.

—Claro que sí. Todos ustedes son unos angelitos.

La joven fue a acercarse donde estaba la pistola para cogerla, pero Griffith fue más rápido y apoderóse de ella. Luego se irguió, mirando el bello rostro femenino.

—Usted misma no estaba segura de mi culpabilidad.

—Presume demasiado.

—Se lo puedo demostrar.

—Le desafío a ello.

—Vino sola aquí, Jocelyn, y dice que no quiso avisar al *sheriff* por temor a que su prometido o alguna otra persona sufriese algún daño.

—Sí.

—¿Por qué no ha avisado al *sheriff* mientras yo estaba en el saloon de Blanche? En la misma forma que usted me ha sorprendido, lo ha podido hacer el propio Philip Johnson o tres o cuatro hombres bien distribuidos.

La joven fue a dar una réplica, pero se interrumpió y cerró la boca mordiéndose el labio inferior.

—Mis familiares han dicho siempre que soy una entrometida. Me gusta hacer las cosas por mí misma.

—Yo le digo ahora lo que usted me dijo antes: ¿Espera convencerme con esa razón?

—Me importa muy poco que lo crea o no.

—Escuche, Jocelyn: Ahora soy yo quien tiene la pistola y le repito que mi único fin al hacerme pasar por Louis Crawford es descubrir a los verdaderos culpables.

—Admitiendo que sus amigos y usted no son los salteadores, ¿cree usted que ellos se encuentran todavía en la comarca?

—Es la segunda vez que me hacen esa pregunta.

—¿Quién fue el primero? ¿Johnson?

—Lucky.

La joven levantó la barbilla altivamente.

—No pretenderá compararme con un individuo de esa clase.

Yul la midió de pies a cabeza, y dijo sonriente:

—No, señorita Jocelyn. No la compararía por nada del mundo.

La joven se volvió a teñir con un rubor.

—¿Debo recordarle que se encuentra a solas en su dormitorio con una señorita?

—No, no hace falta, Jocelyn. Y ahora, contestando a su pregunta, le diré que mi impresión es la de que, efectivamente, los ladrones se encuentran en Roswell o en sus alrededores.

—Y, naturalmente; usted piensa descubrirlos.

—Así es.

—Hace un rato, la sobrina del juez Kane me ha anunciado que el juicio se va a celebrar mañana. ¿Se da cuenta de que faltan muy pocas horas, Griffith?

—Sí, Jocelyn. Lo sé perfectamente, y también sé que he de trabajar con mucha suerte para que esos hombres no sean condenados. Además…

—¿Además? —interrogó ella.

—Mis amigos me han amenazado con desenmascararme si no logro su libertad.

—¿Se lo dijeron en la celda?

—Sí. Uno de ellos cometió ese error.

—Sin embargo, usted continúa aquí.

—Ajá.

Hubo otra larga pausa entre los dos jóvenes mientras se miraban fijamente. Por último, ella bajó los ojos, diciendo:

—Es preciso que me vaya.

La joven pasó al lado de Griffith acercándose a la puerta.

—Un momento, Jocelyn.

Ella se volvió con las cejas enarcadas, y él le alargó la pistola, diciendo:

—Se olvida de esto.

La joven titubeó unos instantes, y, finalmente, cogió la pistola. Hubo unos segundos de suspenso mientras ella miraba el arma, y de

pronto giró nuevamente y abrió la puerta de un tirón.

—Quería preguntarle otra cosa, Jocelyn.

Ella volvió una vez más la cabeza.

—¿De qué se trata, señor Griffith?

—En primer lugar, yo debo seguir siendo Louis Crawford.

Ella se mojó el labio inferior con la punta de la rosada lengua y, finalmente, dijo:

—Sí.

—En segundo término, usted me invitó esta noche a cenar en su casa. Sugiero que nos pongamos de acuerdo en decir que no puedo aceptar porque me encontraré ligeramente indispuesto.

Ella no contestó, al pronto, pero luego lo hizo muy deprisa.

—La invitación sigue en pie…, señor Crawford.

Seguidamente salió fuera, cerrando tras de sí.

Griffith permaneció un rato inmóvil, con los ojos fijos en la puerta.

Luego se dirigió hacia la ventana andando lentamente.

A través de los cristales, vio a Jocelyn cruzar la calle.

De pronto, la joven se detuvo como si se hubiese sentido observada y alzó los ojos.

Griffith se dio cuenta de que volvía a enrojecer, e inmediatamente la joven continuó su camino.

CAPÍTULO IX

Griffith vio la cabaña a la derecha, entre un conglomerado de rocas. Un poco más arriba, sobre una pronunciada ladera de césped, pastaban las ovejas. Pero no veía al pastor por ninguna parte. Dos perros se pusieron a ladrar furiosamente desde lo alto.

Dejó ir su caballo al paso, acercándose más a la cabaña cuando de pronto oyó una voz.

—¿Qué es lo que desea?

Instantáneamente, los perros dejaron de ladrar. Griffith miró al punto de donde le llegaba la pregunta y vio al viejo con un rifle en la mano, aun cuando el cañón estuviese apuntando al cielo.

Woody Sibby estaba por los cincuenta años de edad y era de cabello y barba blanca y traje astrado. Poseía unos ojos pequeños, pero muy vivos.

—Soy Louis Crawford, inspector de Comisarías, Woody, y estoy en Roswell para investigar el asalto al Banca Ganadero.

El pastor observó más detenidamente al joven y luego soltó un salivazo de jugo de tabaco que golpeó contra una piedra.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—Ya le dije lo que tenía que decir al *sheriff*. ¿No se lo contó él?

—Sí, Woody.

—Entonces, no hay nada que agregar.

Griffith desparramó la mirada por aquellos montes.

—Le envidio a usted, Woody. Aquí debe vivir maravillosamente.

—¿Pretende burlarse de mí?

—No, Woody. Lo digo de corazón.

—Usted es un hombre de ciudad, y es la primera vez que me encuentro con un tipo que le agrada este paisaje.

Griffith descabalgó de la montura atando las bridas a un arbusto seco. Luego se enderezó, hinchando los pulmones de aire.

—¿Estuvo alguna vez enfermo, Woody?

—No, desde que hace treinta años llegué a estos andurriales.

—¿Por qué no ha bajado a la llanura?

—Los rancheros no quieren saber nada de los ovejeros, y como aquí no podían llegar las reses, decidí que era un buen lugar para los animales y para mí.

Griffith sonrió.

—Eligió bien, Woody.

El joven desvió los ojos hacia el paso que había al fondo. Desde el lugar que se encontraban se podía ver perfectamente a cualquier jinete que pretendiese cruzar en una dirección u otra.

—Si los salteadores hubiesen seguido por aquí aquel día o en otros sucesivos, yo tendría que admitir que jamás les podría echar mano.

Hubo un silencio, y entonces miró al viejo, el cual, a su vez, lo estaba observando atentamente.

—Búsquelos en la comarca porque no pasaron por aquí —dijo Woody.

—¿Cómo está tan seguro? Pudieron hacerlo de noche mientras usted duerme.

El viejo rió y cogiendo una piedra la arrojó hacia el paso.

Desde arriba se oyeron otra vez los ladridos y los dos perros descendieron como centellas hacia el paso. Al llegar allí, frenaron sobre sus patas y se revolvieron mirando al viejo.

Woody dijo a Griffíth:

—Ya lo ve, amigo. Mis perros oyen el menor ruido y se ponen como locos. Saben defender bien a su patrón y a las ovejas. Usted llegó antes haciendo también ruido, pero le falta saber una cosa. Si hubiese rodeado los cascos de su caballo con mantas y hubiera pretendido pasar por aquí desapercibido, mis perros también lo habrían descubierto. Tienen un buen olfato y la hubiesen armado de la misma forma. Yo tengo un sueño muy ligero porque hay muchos años sobre mis espaldas. Le puedo asegurar que a partir de aquel día y durante un par de semanas, nadie cruzó en dirección Sur. —El viejo hizo una pausa—. Hace unos años éste era el lugar que todos elegían para ir a Méjico, pero ahora prefieren seguir el camino de

Río Grande. Y para ello, usted sabe que tienen que seguir otro camino cincuenta millas al norte. A veces se pasan semanas enteras sin que un solo hombre cruce por aquí. Desde que ocurrió el asalto, sólo he visto a cuatro personas y a todas ellas las conocía. Iban a comprar ganado al límite de la frontera y luego volvían a pasar.

Woody hizo una pausa, mirando fijamente a la cara de Griffith.

—En cambio, cruzaron tres jinetes de Sur a Norte. Ocurrió un par de semanas antes del asalto. El primero iba solo.

Griffith se dijo que aquel hombre tenía una gran memoria. El viajero solitario a quien Woody se refería era él mismo. Sintió sobre sí los ojos escrutadores del pastor.

—¿Ninguno de esos tres viajeros volvió a cruzar el paso, Woody?

—No, ya le he dicho que no.

—Gracias, Woody. Ha sido usted muy amable.

—El *sheriff* me dijo que ya había capturado a los culpables, pero por la forma en que usted se conduce, parece que no está satisfecho del trabajo de White.

—Tengo una gran responsabilidad, ¿sabe, Woody? Y siempre he pensado que es mal asunto ahorcar a una persona que resulta inocente.

—Ya le comprendo. Usted quiere estar seguro antes de que la soga de cáñamo apriete el cuello de los tipos.

Griffith sacudió la cabeza.

—Eso es, Woody. Celebro haberlo conocido y ya sabe que me tiene a su disposición.

Cambió un apretón de manos con el pastor de ovejas y se volvió acercándose a su caballo. Desató las bridas y montó en la silla. Poco después, se alejaba de allí.

El camino serpenteaba por la ladera de la montaña y a veces era tan estrecho que habría bastado un pequeño resbalón del caballo para provocar una catástrofe.

De pronto, al doblar la colina vio frente a él, a cosa de dos yardas, a un hombre que le estaba apuntando con un rifle.

Griffith tiró de las bridas moviendo las manos, y en eso oyó la voz del tipo.

—Deje quietos los dedos, míster.

En eso oyó otra voz. Procedía de un lugar situado por encima de

su cabeza.

—Está cogido entre dos fuegos, muchacho.

Griffith giró y vio encima de un peñasco a otro hombre que también esgrimía un rifle.

Entonces, el joven sacudió la cabeza.

—Muy bien, compañeros. No necesitan hacer fuego. Les daré mi dinero.

—Desmonte —ordenó el que estaba enfrente.

Griffith consideró que no podía hacer nada con el revólver. Los dos hombres lo vigilaban. Hubiera podido cargarse a uno de los tipos, pero no al otro fulano. Los bandidos habían elegido bien el lugar para sorprenderlo.

Puso pie en tierra y separó las manos del cuerpo para que comprendiesen que no tenía la intención de resistirse.

Oyó que el hombre que estaba detrás saltaba del peñasco al camino. Luego, una mano lo despojó del revólver y al volverse vio que el tipo arrojaba el arma al abismo.

—No necesita hacer eso —dijo Yul.

El tipo era muy alto, barbudo.

—¿Quiere saber más que nosotros? Escupa ahora el dinero.

Griffith sacó su cartera y la alargó al fulano, el cual la tomó, sopesándola en la mano.

—Parece que hay muchos billetes.

Guardó la cartera y entonces se hizo un silencio.

Griffith se arrepintió en aquel momento de no haber utilizado el revólver desde la montura, a pesar de encontrarse en condiciones de inferioridad. No era dinero lo que aquellos hombres buscaban, sino su vida. Lo veía ahora reflejado en los ojos de los dos asesinos.

El hombre que estaba al frente echó a andar y se detuvo a unas tres yardas.

—Bien, Crawford. Has llegado al final del camino —dijo.

—No lo comprendo —repuso Griffith, a pesar de que lo entendía perfectamente.

El hombre que hablaba con él poseía una cara en la que brillaba una cicatriz que le cogía toda la parte derecha de la cara.

—Un hombre no debe abandonar su revólver nunca y por eso Tim y yo hemos decidido que te reúnas con tu «Colt».

El llamado Tim soltó una risotada.

—Crawford se ha creído otra cosa. ¿Verdad, Zachary?

Zachary también rió, moviendo la cabeza.

—Sí, ha creído que éramos dos tipos que sólo buscábamos su plata.

Griffith los miró alternativamente, diciendo:

—Creo que no os conviene lo que pensáis.

—¿Por qué no? —preguntó Zachary.

—Es malo matar a un *sheriff*, pero mucho peor liquidar a un inspector de Comisarías.

Tim rió otra vez.

—Zachary y yo pensamos de otra forma. Infiernos, nadie podrá presumir más que nosotros. Hay muchos tipos por ahí que se han cargado a un *sheriff*, pero que yo recuerde, no he conocido a nadie que se haya madrugado a un inspector de Comisarías.

Zachary movió el rifle hacia el abismo.

—Anda, Crawford. Tírate tú mismo. Es posible que tengas suerte y llegues ileso abajo.

Griffith miró hacia el acantilado y lo vio profundo. Zachary tenía sentido del humor.

Tim se agachó al suelo y cogió una piedra arrojándola por la sima.

Durante un rato no se oyó nada y luego llegó un sonido hueco muy lejano.

Los ojos de Zachary estaban fijos en el rostro de Griffith. Éste dijo:

—Os propongo una cosa. Yo me quedo aquí y vosotros cruzáis el Paso Colorado hacia el sur. En mi cartera hay cerca de quinientos dólares. Habréis tenido un beneficio sin necesidad de mancharos las manos de sangre.

Zachary hizo un gesto negativo.

—No, compadre. Te vas a ir al fondo y eso es algo que tú no vas a poder evitar.

Tim rió.

—Apuesto a que se nos echa a llorar.

Su compañero soltó un salivazo, diciendo:

—Sería estupendo eso de ver a un inspector de Comisarías de rodillas pidiendo por su vida.

Griffith se pasó la mano derecha por la mejilla.

—Así que no hay arreglo —murmuró.

—No, no lo hay. —Asintió Zachary—. Y ya me estás cansando. Vamos, muchacho.

Movió el rifle hacia el joven para empujarlo sobre el abismo.

Entonces Griffith saltó como impulsado por resortes metálicos atrapando el cañón de Zachary.

Todavía estaba en el aire y ya había dado un tirón fuerte despojando a Zachary de su arma. No detuvo la trayectoria del rifle, sino que le dio más impulso.

Tim se disponía a apretar el gatillo de su arma cuando de pronto la culata del rifle que ahora tenía Yul, golpeó contra su cráneo. Fue un impacto brutal.

Tim lanzó un grito con los ojos muy abiertos y la cara bañada por la sangre que caía de la abertura de su cabeza. Se derrumbó con tan mala fortuna que se fué por la grieta.

Zachary, repuesto de la sorpresa, empezó a sacar el revólver.

Griffith supo que no podría servirse del rifle porque estaba en mala posición. Zachary tendría tiempo de meterle dos plomos. Pero el forajido estaba muy cerca y el joven hizo lo que tenía que hacer. Se arrojó sobre los tobillos del forajido cuando sonaba el estampido.

La bala rozó el hombro de Yul mientras Zachary se desplomaba. Luego, Griffith corrió a gatas echándose encima de su enemigo.

Su mano aprisionó la muñeca armada de Zachary y la retorció violentamente. Zachary dejó caer el revólver.

La lucha se convirtió en un cuerpo a cuerpo feroz. Zachary atrapó una piedra y golpeó la frente de Griffith.

El joven se desplomó hacia atrás pensando que iba a perder el conocimiento. Su ojo izquierdo quedó nublado por la sangre que le brotaba de la herida.

Se enderezó otra vez a tiempo de ver que Zachary se arrastraba hacia el revólver. Ya tenía la garra sobre la culata, pero el joven cayó sobre él pegándole con el filo de la mano en la clavícula.

Zachary se estremeció como electrizado y ése fue el momento que Griffith aprovechó para pegarle con el puño en el hígado.

Zachary dio una vuelta sobre sí mismo. Sus pies se hundieron en el vacío, pero consiguió asirse al suelo con la mano libre. Entonces levantó el revólver con los ojos muy agrandados, llenos de odio.

Griffíth estaba a demasiada distancia y supo que no podía hacer

nada.

—No hagas eso, Zachary. Estás a punto de desplomarte. Suelta el revólver y agárrate con la otra mano. Yo iré a ayudarte.

Zachary estaba suspendido en el vacío. Su cabeza temblaba porque tenía que hacer un gran esfuerzo para sostenerse con una mano, puesto que con la otra esgrimía el arma.

—¡Tira el «Colt», Zachary! —repitió Griffith.

Y entonces supo que Zachary estaba dispuesto a disparar y que tomaba puntería para no fallar el balazo.

Griffith se lanzó hacia la derecha.

Zachary se revolvió siguiéndolo en su carrera. Hizo un movimiento demasiado brusco y su mano izquierda sobre la que se apoyaba se dobló y todo su cuerpo vencióse hacia el abismo. Lanzó un alarido y disparó el revólver, pero ahora la bala salió lanzada hacia el cielo porque Griffith había quedado pegado a la tierra.

El joven oyó el aullido salvaje que el bandido emitía mientras golpeaba una y otra vez contra las piedras en su camino hacia el fondo.

Luego, todo fue silencio.

Griffith quedó sentado en el suelo y sacando el pañuelo, se lo aplicó en la frente.

Bien. Había perdido su cartera y el revólver, pero allá tenía un rifle, el que había pertenecido a Zachary. Tomólo en sus manos y subió trabajosamente a su montura porque le daba vueltas la cabeza.

Luego, dejando al caballo suelto, emprendió el regreso a Roswell.

Era ya muy de noche cuando llegó ante la casa de ladrillo rojo donde vivía Jocelyn. Descendió de la silla y abrió la cancela que conducía al porche.

Arriba llamó con el aldabón.

Le abrió la propia Jocelyn. Se cubría con un vestido blanco.

—¡Señor Griffith! —exclamó al ver la cara de Yul.

Yul sintió que estaba a punto de desvanecerse.

—¿Quiere ayudarme, Jocelyn? —dijo.

La joven acudió a su lado pasándole el brazo por la cintura.

Griffith no supo por dónde iba hasta que, de pronto, se encontró en una habitación donde había una cama.

—Tiéndase ahí, Griffith —dijo la joven.

Yul se dejó caer en la cama y justo en ese instante perdió el sentido.

CAPÍTULO X

Griffith volvió en sí y encontróse a solas en la habitación. Quedó asombrado al ver que sobre los pies de la cama estaba su ropa. En la mesilla de noche había un quinqué que estaba encendido. Se tocó la cabeza comprobando que su herida había sido curada. No le habían puesto ninguna venda, lo cual quería decir que no era importante.

De pronto, la puerta se abrió y Jocelyn entró en la estancia.

—¿Cómo se encuentra, Griffith? —preguntó ella, mirándolo.

—Bastante bien. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Las diez? ¿Entonces la cena a la que yo estaba invitado…?

—Dije a Johnson que usted se había disculpado. Naturalmente, no podía confesar que se encontraba en mi casa.

—Sí, lo comprendo. ¿Está él aquí?

—No, acaba de marcharse.

El joven carraspeó mirando otra vez sus ropas y ella siguió su mirada, y al instante sus mejillas se pusieron rojas.

—Lo desvistió un criado.

Griffith miró los grandes ojos femeninos.

—Gracias por todo lo que ha hecho. Sinceramente, lamento haberle causado molestias.

—¿Puede contarme lo que le ocurrió?

—Sí, creo que sí.

Seguidamente, Yul relató su aventura en la montaña.

Jocelyn dio unos pasos por la habitación cuando él hubo terminado.

—Usted ha dado la descripción de unos hombres que no conozco.

—La persona que los pagó debió traerlos de fuera.

—¿Cuál es su conclusión de todo, señor Griffith?

—Creo que está claro, Jocelyn. Los hombres que están en la cárcel con inocentes. Un tipo de Roswell que se cree muy vivo cometió el asalto, aunque no fuese él quien se presentase en el Banco. Eligió a tres tipos para ello. Yo he llegado aquí y no me he contentado con la versión que existía acerca del asunto. He empezado a hacer preguntas a la gente y el culpable se ha dado cuenta de que podía descubrirlo. Entonces me preparó la trampa en la montaña. Dese cuenta de un detalle, Jocelyn. Zachary y Tim no iban a pegarme un tiro. Sólo querían que me precipitase por el abismo. Después de haberlo conseguido habrían arrojado también a mi caballo. Naturalmente, tarde o temprano me hubiesen encontrado en el fondo, puesto que se hubiese sabido que yo acababa de interrogar a Weody Sibby y se habría dado una explicación muy bonita acerca de mi muerte. Yo no estoy acostumbrado a corretear por aquellas montañas y me fui por la sima en un descuido.

—Sí, creo que tiene razón, señor Griffith. Pero ¿quién es el culpable?

—Todavía no lo sé, Jocelyn. Y ahora quisiera levantarme.

—Es mejor que se quede aquí hasta mañana.

—Agradezco su hospitalidad, pero no quiero comprometerla.

La joven se mordió el labio inferior y, finalmente, echó a andar hacia la puerta.

—Está bien, señor Griffith.

Salió fuera cerrando tras de sí, y entonces Griffith saltó de la cama e invirtió muy pocos minutos en vestirse. Vio el rifle del forajido contra la pared y lo cogió.

Cuando salió fuera, ella estaba junto a la puerta.

—Le he preparado comida.

—Me gustaría decir que no tengo apetito, pero sería falso —sonrió él.

Fueron al comedor y Griffith hizo honor a los platos que ella le había preparado.

Luego, la muchacha fue a la cocina y regresó con una bandeja en la que había una cafetera. Llenó dos tazas y alargo una a Griffith.

De pronto, él hizo su pregunta:

—¿Tiene confianza en Johnson?

La joven lo miró a los ojos.

—Ya comprendo. Usted cree que Johnson ha sido quien más se ha beneficiado de ese asalto.

—Hubiese sido una buena jugada por su parte encontrarse con cuarenta mil dólares y con la dirección del Banco Ganadero.

—Johnson estaba en Santa Fe cuando ocurrieron los hechos.

—¿Ha comprobado que él estaba realmente en Santa Fe?

—No.

—Usted tiene fe ciega en él.

—Sí, señor Griffith.

—¿Qué pasaría si yo le demostrase que es el culpable?

La joven levantó la barbilla.

—¿Quiere decir que tiene pruebas contra Johnson?

—No, Jocelyn. Sólo estoy hablando en hipótesis.

Hubo una pausa mientras la joven daba vueltas al café con la cucharilla.

—Quiero que los salteadores reciban su merecido, sean quienes sean. —Alzó los ojos—. Mañana mismo telegrafiaré a Santa Fe para que me digan si Johnson estaba allí o no en aquella fecha.

—¿Puedo hacerle una pregunta muy personal, Jocelyn?

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Sí, Griffith. Hágala.

—¿Quiere a Johnson?

—No estoy enamorada de él.

—Pero, sin embargo, se van a casar.

—Durante mucho tiempo he estado rechazando a Johnson, pero finalmente decidí que podía ser un buen marido.

—Creo que se equivoca. Para que un hombre y una mujer se unan de por vida, es condición indispensable que se amen.

—Al parecer, sabe usted mucho de eso.

—Sí.

—¿Es casado?

—No, pero lo fui.

—Ella… ¿ha muerto?

—Sí, Jocelyn. Ocurrió hace cinco años.

—¿No tuvieron ningún hijo?

—Leda murió cuando solamente llevábamos cuatro meses de casados.

—¿Cómo fue?

—No he podido saber nunca qué clase de enfermedad padeció. Quizá si hubiésemos vivido en alguna ciudad se hubiese salvado, pero ella y yo teníamos nuestra hacienda a treinta millas del lugar más cercano donde había un médico. —La mirada de Griffith se fijó en el mantel—. Habíamos comprado aquella tierra con mucha ilusión. Iba a ser nuestro hogar. Íbamos a tener muchos hijos y algún día todo sería de ellos. Y de pronto, aquella fiebre. Ella dijo que no era nada y yo creí que se le pasaría. Perdimos dos días preciosos y luego fue demasiado tarde. La metí en la galera y nos fuimos en busca del médico, y en mitad de camino, ella me pidió que me detuviese…

Griffith hizo una pausa, pasándose una mano por la cara.

—La enterré allí. Unos días más tarde, vendí todo aquello porque yo no podía estar en el lugar donde ella y yo habíamos vivido.

—Lo siento, Yul —dijo Jocelyn.

El le sonrió.

—No he debido contárselo. —Frunció el ceño—. Es usted la primera persona a quien se lo he dicho en los últimos cinco años.

—Yo también he estado sola mucho tiempo —dijo Jocelyn—. Mis padres murieron cuando yo era muy pequeña. Me recogió un tío en Nueva Orleáns hasta que hace tres años decidí venir aquí…

—Uno no sabe si es bueno o malo estar solo.

Se miraron en silencio hasta que ella bajó los ojos.

Griffith bebió su café y púsose en pie.

—¿Se va ya? —dijo Jocelyn.

—Sí.

—Debe cuidarse. Ese hombre, el que le mandó a la pareja de asesinos, querrá repetir su golpe cuando se entere que sigue vivo.

—Quizá lo haga.

—¿Por qué no abandona, Griffith?

—Usted no habla ahora sinceramente. Estoy seguro que desea yo siga adelante hasta desenmascarar al verdadero culpable.

—Tiene razón, Yul.

—Entonces, ya puede estar segura de que lo voy a lograr.

—Me gustaría… por usted. No puede seguir representando su papel durante mucho tiempo.

—Ya sé que es un juego peligroso. Por ello me estoy dando mucha prisa desde que llegué.

—¿Qué iba a hacer ahora?

—Interrogar al *sheriff*.

—¿A White?

—Es otro de los sospechosos.

—¿Por qué, Yul? ¿Cuáles son sus motivos?

—White estaba demasiado empeñado en que Lucky y Dulles son los ladrones. El está obligado más que nadie en esta comunidad a defender a toda persona que sea inocente mientras no se demuestre su culpabilidad. Sin embargo, él se inclina por la condena inmediata de esos hombres.

Caminaron hacia el vestíbulo y allí se detuvieron mirándose fijamente a los ojos.

—Yul…

—Diga, Jocelyn —murmuró Griffith, girando con el rifle en la zurda.

—Suponga que todo sale bien. ¿Qué hará cuando todo haya acabado?

El dejó correr unos segundos y entonces dio su respuesta.

—Me quedaré en Roswell.

—¿Por qué?

—Por usted, Jocelyn.

Los ojos de la joven parpadearon, y de pronto, él se inclinó sobre ella y cogiéndole la barbilla, la besó en la comisura de la boca.

La joven estaba tan sorprendida que no pudo decir una sola palabra.

Yul abrió la puerta, y saliendo al porche se volvió diciendo:

—Buenas noches, Jocelyn.

Y luego cerró sin que todavía la joven hubiese podido rehacerse.

Griffith salió del jardín a la calle y echó a andar hacia la oficina del *sheriff*.

Cuando se hallaba a unas diez yardas de la casa de Jocelyn, una sombra emergió del jardín.

Un peatón cruzó en aquel instante por aquel lugar y dijo:

—Buenas noches, señor Johnson.

Philip Johnson contestó con un hilillo de voz y siguió inmóvil en aquel lugar, observando a Griffith.

CAPÍTULO XI

El *sheriff* alzó los ojos de la página del diario al oír la puerta que se abría.

Vio la cara de Griffith y arrugó el entrecejo.

—¿Qué le ha pasado, señor Crawford?

Griffith se sentó en una silla y quedóse mirando al representante de la ley en Roswell.

—Un par de tipos me quisieron liquidar.

—¿Es posible?

—Encontrará sus cadáveres en el abismo que hay a una milla de la cabaña de Woody Sibby.

El *sheriff* se echó atrás en el respaldo.

—No sabía que en mi jurisdicción hubiese esa clase de bandidos.

—Usted sabe perfectamente lo que ellos querían. Matarme para que no se investigase más acerca del asalto al Banco local.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Esos hombres que usted tiene en la celda son inocentes.

El rostro de White empezó a palidecer.

—¿Desde cuándo ha llegado a esa conclusión, señor Crawford?

—Admito que lo he estado engañando. Pensé eso desde el primer momento, pero ahora le ofrezco una oportunidad para poner las cartas boca arriba.

—No le comprendo. ¿O es que quiere insinuar que sospecha también de mí?

—Tal como están las cosas, considero que muchas personas pudieron realizar el asalto.

—¡Yo estaba camino del rancho de Joseph Krafts! —exclamó el *sheriff*, poniéndose en pie de un salto—. ¡Y no le consiento que dude de mi palabra!

—Serénese, White.

El *sheriff* apretó los labios con fuerza mirando a la cara del hombre que tenía enfrente.

—Hay cosas que no puedo oír sin excitarme, señor Crawford.

—Debo recordarle una cosa, White. El hombre que organizó el robo no tomó parte directa en él. Para eso se valió de tres fulanos a quienes pagó. Es posible incluso que esos tres hombres se hayan largado de la región, pero la mayor parte del botín sigue aquí, y, por tanto, el individuo responsable de la muerte de esos dos hombres.

En la estancia se hizo un largo silencio hasta que finalmente, el *sheriff* movió la silla para sentarse otra vez.

—Así que yo puedo ser un salteador.

Sus labios se crisparon en una irónica sonrisa.

—Puede serlo.

—Yo también le voy a hablar claro.

—Hágalo, White.

—Usted es un novato.

—Vaya.

—Por pura política ha conseguido ese puesto que usted tiene ahora y me va a importar un rábano que me denuncie a sus superiores.

—A mí sólo me interesa cazar a los autores del asalto, de modo que puede desahogarse cuanto quiera.

—Usted piensa que un *sheriff* es cualquier cosa.

—Ahí se equivoca, White. Siento instintiva admiración por los representantes de la ley y me hago cargo del trabajo ingrato que tienen que realizar, pero también tengo en cuenta que puede existir un *sheriff* que no sólo no cumpla con su deber, sino que aproveche su cargo buscando única y exclusivamente su provecho.

—Y yo soy uno de ésos.

—No, White. Yo tengo que sospechar de todos. Si usted es inocente, le rogaré con toda humildad que me perdone.

White rió suavemente.

—Así que tengo que demostrarle que no organicé ese robo.

—Eso es, White.

—¿Y de qué forma puedo hacerlo? Usted parte de la idea de que el fulano que lo arregló todo contrató a tres hombres para que

llevasen a cabo la faena.

—Usted dijo que un rato antes de que se realizase el asalto, llegó aquí un hombre diciendo que Joseph Krafts estaba borracho.

—Sí.

—Montó en el caballo y se dirigió al rancho de Krafts. ¿Qué había pasado allí?

—Joseph Krafts le había pegado un tiro a uno de sus muchachos.

—¿Lo mató?

—No. Sólo le rozó una pantorrilla, pero no sé a dónde quiere ir a parar, señor Crawford.

—¿Qué hizo usted al ver que Krafts había pegado un tiro en la pierna a ese cow-boy?

—Krafts no estaba a la vista. Pregunté por él y me dijeron que se había encerrado en la casa. Yo me encaminé a ella y los cow-boys me dijeron que no debía hacer eso porque Krafts parecía estar como loco. Desoí sus consejos y me colé por la puerta que estaba abierta. Empecé a llamar a Krafts, pero no me contestó nadie. Fui de habitación en habitación hasta que por fin encontré a Krafts tendido en una cama.

—¿Durmiendo?

—No, estaba despierto.

—¿Lo atacó a usted?

—No, no me atacó. Me vio y se echó a reír. Yo llevaba el revólver en la mano, pero lo guardé en la funda porque pensé que no debía excitarlo. Krafts se puso en pie y acercóse a la mesilla de noche donde tenía una botella de *whisky*. Me ofreció un trago, pero yo lo rechacé. —El *sheriff* hizo una pausa—. ¿Le gusta así o debo ahorrarle los detalles?

—Prefiero la historia con todos sus pormenores.

—Muy bien. Yo recriminé a Krafts por el tiro que le había pegado a su muchacho y él dijo que había sido una cosa sin importancia. Que había salido fuera de la casa para probar un revólver y que fue el cow-boy quien se cruzó en su camino. Aseguró que no había tenido la intención de matar o herir a nadie.

—¿Se dio usted por satisfecho con su declaración?

—Decidí interrogar al cow-boy de nuevo en presencia de Krafts, de modo que él y yo salimos fuera de la casa. El muchacho, Herbert Matt, dijo que él se dirigía a las caballerizas cuando de pronto sonó un estampido y él se sintió herido en una pierna y se derrumbó en el suelo.

—¿Desde qué distancia le disparó Krafts?

—Krafts estaba en el porche y el cow-boy cruzaba a unas quince yardas.

—¿Qué pasó después del estampido?

—Clark dijo que miró al porche y vio a su patrón con los ojos muy abiertos y que luego Krafts dio media vuelta y se metió en la casa. Otros cow-boys corrieron a socorrer a Herbert. Todos conocían las borracheras de Krafts y pensaban que su patrón había vuelto a las andadas. Fue entonces cuando uno de ellos decidió venir a buscarme.

—¿Quién?

—Tex Jones.

—¿Qué dijo Krafts delante del hombre que había herido?

—Repitió la historia anterior de que estaba haciendo pruebas con un revólver y que él no estaba borracho.

—¿Lo estaba o no?

—Estoy seguro de que no. He visto otras veces a Krafts borracho y sé que se vuelve un tipo muy violento en esos momentos. Krafts hablaba con naturalidad.

—¿Qué tal tira con la pistola Krafts?

—Es muy hábil.

—De modo que usted no lo detuvo.

—Admití que todo había ocurrido tal como él había dicho. Pregunté a Herbert si quería hacer alguna acusación y dijo que no. Hubiese sido ridículo por mi parte encerrar a Krafts en una celda y someterlo a juicio si el propio hombre que había herido estaba dispuesto a testimoniar que había sido un accidente.

—Y entonces usted regresó al pueblo y se encontró con que el asalto ya se había realizado.

—Así fue.
—Gracias, White —dijo Griffith, poniéndose en pie.
El *sheriff* entornó los ojos.
—¿Acabó su interrogatorio, señor Crawford?
—Sí, ya lo acabé —repuso Yul, cogiendo el rifle.
—Estoy esperando su veredicto.
—Lo sabrá mañana.
—¿Mañana?
—Sí, en el juicio de Lucky Perkins y Red Dulles. Buenas noches, *sheriff*.
El joven dio media vuelta y se encaminó a la puerta por donde salió sin volver la cabeza.
Echó a andar por la acera, encaminándose al hotel. Llegó a una esquina y empezó a cruzar a la otra parte.
De pronto, sintió un ruido a la izquierda del callejón oscuro, y sin titubear un instante, se arrojó al suelo, poniéndose el rifle bajo el brazo.
Se oyeron dos estampidos y las balas silbaron por encima de su cabeza. El apretó el gatillo también dirigiendo su bala hacia el lugar donde provenían los fogonazos.
Un grito de muerte rasgó la atmósfera. Luego, un hombre echó a correr por el fondo del callejón.
Yul hizo otro disparo, pero supo que ahora la bala no había dado en el blanco.
Púsose en pie rápidamente y corrió tras el fugitivo.
Detúvose al ver un hombre tendido en tierra. Agachóse sobre él y comprobó que estaba muerto. Entonces reanudó su carrera oyendo una galopada. Dio la vuelta a la última casa y vio allá un corcel que indudablemente debía pertenecer al tipo que acababa de matar.
Montó de un salto en la silla y rozando con las rodillas los flancos del animal, éste salió disparado.
Media milla más allá, supo que el forajido se dirigía hacia el Norte. Delante había una colina y Griffith renunció a seguir detrás de su hombre, jugándoselo todo a que el individuo se dispusiese a dar un rodeo.
Corrió por la derecha y de esa forma salvó la montaña.
Detuvo su cabalgadura y prestó atención.

A poco oyó el ruido de los cascos del caballo que se acercaba.

Se echó el rifle a la cara y cuando vio al jinete, gritó:

—¡Alto o no lo cuentas, muchacho!

—¡No tire! —gritó el individuo.

—Levanta los brazos. Voy a acercarme, y si te veo con las manos junto a las armas, no vacilaré en disparar.

Griffith se acercó a su prisionero. A la luz de la luna observó su rostro alargado, su nariz ganchuda y la barba crecida.

—Usted está loco, míster. ¿Por qué me detiene?

—No me gusta que me asesinen.

—¿De qué está hablando?

—Tú y tu amigo habíais recibido la orden de liquidarme.

—Oiga, usted está mal de la cabeza. No tengo ningún amigo y llevo viajando treinta millas.

—No, muchacho. Tú vienes de Roswell. Te gané por la mano y ahora estás bajo mi punto de mira.

El desconocido sacudió la cabeza.

—Le digo que está perdido, amigo. No sé ni siquiera por dónde cae Roswell.

—Muy bien, muchacho. Vamos a hacer la prueba.

—¿Qué prueba?

—Coge el revólver con los dedos y arrójamelo hacia acá.

—¿Qué dice?

—Obedece antes de que me de el tic nervioso.

El tipo vaciló todavía unos instantes, y por último, cogió el revólver con los dedos, tal como le había sido ordenado.

Por unos segundos, el fulano estuvo a punto de servirse de su arma, pero vio el rifle que lo apuntaba y decidió no hacerlo. Arrojó el revólver y Griffith lo cazó al vuelo.

Yul se llevó el cañón a la nariz, comprobando que el arma había sido disparada recientemente. Pero en aquel instante, el forajido hizo que su caballo levanta se los remos y él se arrojó encima de Yul.

Los dos cuerpos chocaron, cayendo en tierra.

El asesino a sueldo obtuvo una ventaja momentánea al quedar encima del joven, al que propinó un puñetazo en el pómulo.

Griffith le pegó con la rodilla en el vientre y el tipo lanzó un aullido de dolor, desplomándose en el suelo.

Yul empezó a enderezarse, a tiempo de ver que su rival había tropezado con su propio revólver tirado en tierra y se disponía a utilizarlo.

Echóse sobre él.

Ahora los dos hombres dieron tres vueltas estrechamente enlazados. Griffith respiró hondo y descargó el puño contra la cabeza del sujeto, que lanzó un gemido y se desvaneció.

Yul se puso en pie resoplando. Acercóse al caballo que lo había traído hasta allí y descolgó la cuerda de cáñamo. Al cabo de unos minutos, el prisionero empezó a dar señales de vida, pero no pudo apenas moverse porque el joven lo había tendido sobre la silla atándole los brazos.

—¡Suélteme, maldito sea! —gritó.

Griffith soltó una risita.

—Ya tendrás tiempo de quedar libre, muchacho, mucho tiempo.

Y luego, montando en el corcel, cogió las bridas del otro animal y emprendió el regreso a Roswell.

CAPÍTULO XII

Griffith observaba a la gente que se agolpaba en las puertas que daban acceso a la sala en que se iba a celebrar el juicio contra Lucky Perkins y Red Dulles. Faltaban quince minutos para las diez de aquella soleada mañana.

De pronto, Griffith sintió que tironeaban de su manga. Volvióse y vio ante sí a un niño de unos doce años.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Lo están esperando en el saloon de Morris.

—¿Quién?

—Blanche Owen.

Griffith miró hacia el saloon y no vio a nadie en la puerta. Titubeó unos instantes, pero por último sacudió la cabeza, y sacando una moneda de medio dólar, se la dio al chiquillo, el cual se puso a correr dándole las gracias.

Griffith echó a andar por la acera de tablones.

Empujó las hojas de vaivén penetrando en el local.

Blanche Owen estaba junto al mostrador con un vaso de *whisky* en la mano.

—Beba, señor Crawford —dijo al joven cuando éste se le acercó.

Yul cogió el vaso y bebió un trago, sin apartar los ojos del rostro de la rubia. Después, preguntó:

—¿Qué quiere, Blanche?

—¿Dio fruto su investigación?

—Es posible.

—Sabía que usted era un tipo muy listo.

—¿Sólo me ha llamado para decirme eso?

—No. Hay algo más importante, pero para hablarle necesito que estemos a solas. —Al decir esto, Blanche miró al empleado que

estaba tras el mostrador—. Venga conmigo, señor Crawford.

Yul cruzó el saloon detrás de la rubia. Luego siguieron por un corredor que tenía varias puertas a la derecha. Blanche abrió la segunda y entró.

Yul fue a introducirse por el hueco, y de pronto, se quedó quieto, descubriendo en el centro del reservado al *sheriff* de Mosquero, Franckey, que esgrimía un revólver con la mano derecha.

Blanche se había apartado rápidamente hacia la pared para no interponerse en el camino de las balas.

Yul miró a Franckey y a Blanche, y luego dijo:

—La felicito, señorita. Lo hizo muy bien.

Franckey meneó la cabeza.

—Pase y cierre la puerta, Griffith.

Yul obedeció y quedó con la mano derecha en alto, a unas pulgadas del revólver de que se había provisto aquella mañana.

—No haga eso, Griffith —le dijo Franckey.

—Se dio mucha prisa, *sheriff*.

—Soy un poco meticuloso en mis cosas, Griffith, y cuando llegué a Sugar Spring y me dijeron que el señor Crawford había salido ileso del accidente del ferrocarril, se me ocurrió pedir una descripción. Casualmente, la que me dieron coincidía con la del hombre que yo había detenido en mi jurisdicción. Entonces decidí llegarme aquí para saludar al señor Crawford. Llegué esta mañana y lo vi a usted en la calle y hablé con mi colega White. El me explicó todo lo que usted estaba haciendo aquí y entonces decidí prepararle una encerrona.

—Enhorabuena.

Franckey se frotó el mentón con la mano libre.

—Palabra que no le comprendo, Griffith.

—¿No?

—Usted ha estado investigando el asalto.

—Eso es lo que he hecho.

—En tal caso, ¿quiere decir que es usted inocente?

—Ya se lo dije en Mosquero, *sheriff*.

—¿Y qué me dice de los dos hombres que detuvo el *sheriff*?

—Son dos tipos de los que no me fiaría, pero ellos tampoco asaltaron el Banco de Roswell.

Franckey soltó una risita.

—Quiere darnos una lección a los representantes de la ley, ¿verdad?

—No pretendía dar ninguna lección a nadie. Sólo he luchado por demostrar mi inocencia, y, de rechazo, la de esos tipos.

Hubo una pausa y luego el *sheriff* hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Griffith. Dígame ahora quién lo hizo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—He organizado un pequeño festival que tendrá lugar durante el juicio. No quisiera anticiparme a los acontecimientos. Quiera pedirle permiso para llevar el plan adelante.

Franckey entornó los ojos.

—¿No le parece un poco arriesgado?

—Es de la única forma que se puede desenmascarar al verdadero autor del asalto.

Franckey miró a Blanche.

—¿Qué te parece a ti?

—Déjelo que lo haga.

El *sheriff* no contestó al pronto, pero finalmente miró a la cara de Yul, y dijo:

—Muy bien, Griffith.

—Gracias, *sheriff*. —Griffith carraspeó—. ¿Ha hablado con alguien acerca de mi identidad?

—Sólo con Blanche.

—Está bien, Franckey. Es mejor que yo salga sólo de aquí. Luego acuda usted al juicio.

—A la orden…, señor Crawford.

Griffith inició una sonrisa y ahora se dirigió a Blanche.

—Perdone por lo de antes.

—No tuvo importancia —sonrió Blanche—. Y le repito lo que ya le dije cuando nos conocimos. Usted es un tipo simpático.

Griffith salió del reservado y después de cruzar el saloon ganó la calle.

Miró hacia abajo y vio venir por la acera a Lucky Perkins y a Red Dulles. Los dos estaban esposados. Tras ellos, caminaba el *sheriff* White y media docena de hombres, todos los cuales portaban revólveres o rifles. Una nube de chiquillos seguía por la calzada

tropezando unos con otros porque miraban a los detenidos.

Griffith se arrimó a la pared.

Lucky y Red Dulles fijaron los ojos en su antiguo compañero en cuanto lo descubrieron a la puerta del saloon. Al llegar a la altura donde estaba Yul, se detuvieron. Lucky sonrió diciendo:

—Buenos días, señor Crawford.

—Buenos días, muchachos —saludó Griffith.

—Ya nos llevan al matadero.

—¡Y un cuerno! —gritó Red—. ¡No seremos dos los que estemos en el banquillo!

Griffith se apresuró a decir:

—Lo importante en la vida es no perder la serenidad.

Lucky repuso, antes de que Red abriese otra vez la boca:

—El señor Crawford tiene razón, Dulles.

—¡Maldita sea! —exclamó Red—. ¡Es mi cuello el que van a apretar!

Lucky le pegó una patada en el tobillo, diciendo:

—¿Quién sabe cuánto tiempo falta para eso? Vamos, muchacho, no debemos hacer esperar al público.

Otra vez los prisioneros echaron a andar.

Los hombres de los rifles fueron detrás, pero el *sheriff* White se detuvo junto a Griffith.

—No le comprendo, señor Crawford.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Anoche, poco después de salir usted de mi despacho, sonaron tres disparos. Salí a ver lo que ocurría y encontré en el callejón del Arroyo a un hombre muerto. Luego lo anduve buscando a usted, pero no lo encontré ni en el hotel ni en el saloon de Blanche.

—¿Para qué me quería, *sheriff*?

—Hubiese jurado que a ese tipo lo mató usted.

—¿Por qué está tan seguro?

—Tenía una bala de rifle en el pecho y creo recordar que usted llevaba un rifle cuando salió de mi despacho.

—Quizá le disparé yo.

—¿Cuándo va a terminar con su juego, señor Crawford?

—Usted ha hecho ya varias preguntas. ¿Por qué no me deja que yo haga una?

—Adelante.

—¿Conocía usted a ese hombre que encontró muerto en el callejón del Arroyo?

—No. Era la primera vez en mi vida que lo había visto.

Griffith miró hacia el Juzgado, murmurando:

—Creo que sus detenidos le han tomado un poco la delantera, *sheriff*.

White soltó una maldición por lo bajo y empezó a mover las piernas muy aprisa.

Luego, Griffith fue quien echó a andar, pero lo hizo muy lentamente.

De la sala de donde se iba a celebrar el juicio llegó un gran alboroto cuando los prisioneros entraron por la puerta. Los hombres que acompañaban a Lucky y a Dulles tuvieron que hacer un cerco con sus rifles para librarlos de la ira ciudadana.

Yul se detuvo mirando hacia la casa de ladrillo rojo. Una de las ventanas estaba abierta y en el hueco vio a Jocelyn. Ella le hizo una señal y él le contestó con un movimiento negativo de cabeza.

Griffith oyó pasos por la acera de tablones y al volverse vio al *sheriff* Franckey, el cual le dirigió una mirada y marchó hacia el Juzgado.

A continuación fue Blanche quien pasó al lado del joven.

Las voces de la sala se fueron acallando y Griffith pudo oír la voz del alguacil.

—¡El pueblo contra Lucky Perkins y Red Dulles!

Luego la voz del juez.

—El fiscal tiene la palabra.

Griffith se retiró de aquel lugar, yendo otra vez hacia el saloon.

Entró en el local donde ahora sólo estaba el empleado.

—Un *whisky* —pidió.

El mozo alcanzó una botella del anaquel y un vaso. Después que escanció, Griffith alargó la mano y cogió el vaso cuyo contenido bebió de un trago. De repente, oyó el ruido de una cabalgada.

Se volvió, mirando por encima de las puertas del saloon.

Al cabo de un rato vio pasar por la calle a cinco jinetes que iban también camino del Juzgado.

Yul sacó un cuarto de dólar y lo dejó sobre el mostrador. Iba a volverse, cuando oyó que las puertas de vaivén se abrían.

Vio entrar en el establecimiento a Philip Johnson, el cual se

detuvo al descubrirlo a él.

—¿Se iba ya, Crawford?

—Sí, no quiero perderme el juicio.

—Todavía llegará a tiempo. Ahora está hablando el fiscal. ¿Lo conoce usted?

—No —contestó Griffith.

—Es Norman Kipling. Le da por la oratoria, ¿sabe?, y no tiene muchas ocasiones para demostrar el pedazo de cultura que tiene. Ya puede estar seguro de que empleará cuarenta y cinco minutos en hablar acerca de las Leyes, sobre el castigo de los culpables y hasta es posible que se extienda hasta el precio del ganado lanar. —Johnson rió—. Le invito a un *whisky*.

Hizo una señal al mozo, quien escanció en dos vasos.

—¿Por quién brindamos? —preguntó Johnson.

—¿Por el triunfo de la justicia? —sugirió Griffith.

—Eso es algo muy abstracto. Propongo algo más concreto.

—¿Por ejemplo?

Hubo una pausa, y luego Johnson dijo:

—Por Jocelyn. ¿Le parece bien?

—Muy bien.

Levantaron los vasos y bebieron. Luego, Johnson se apartó del mostrador y se quitó la chaqueta que arrojó sobre una mesa. Volvióse hacia Yul, abriendo y cerrando los puños.

—Despójese usted también de la chaqueta, Crawford.

—¿Para qué, Johnson?

—Le voy a romper la cara.

—¿Por qué no lo deja para cuando haya terminado el juicio?

—No, Crawford. Ha de ser ahora. No se preocupe. Le doy mi palabra de que el fiscal no empezará el interrogatorio de los acusados en un buen rato y, para entonces, usted habrá recobrado ya el sentido.

Griffith hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Johnson.

Se quitó la chaqueta y la echó sobre el mostrador.

Johnson se abalanzó sobre él y le golpeó en el estómago.

Cuando Griffith se agachaba, Johnson le conectó la izquierda en el mentón y el joven voló por encima del mostrador y cayó a la otra parte rompiendo unas cuantas botellas.

El mozo escapó a todo correr por el otro extremo.

Griffith se puso en pie, restañándose con la mano la sangre que le corría por la comisura de la boca.

Johnson había quedado con los brazos en jarras y se estaba riendo.

—No sabía que fuese tan flojo, Crawford.

Griffith apoyó una mano en el mostrador y saltó al otro lado. Se dejó llevar por el impulso y estrelló la zurda en la cara de Johnson.

Johnson salió disparado, golpeó contra la pared y se vino abajo.

Un mechón de cabello le cayó por la frente. Sacudió la cabeza y empezó a ponerse en pie.

—Me lo pegó bien, Crawford, pero no volverá a ocurrir.

Echó a andar hacia donde estaba Yul, el cual levantó los puños.

—Creo que usted pelea por un motivo estúpido, Johnson.

—¿Sí?

—Usted no quiere a Jocelyn, sólo deseaba su dinero.

—Usted es muy sabihondo —dijo Johnson, y le lanzó el puño.

Griffith bloqueó el golpe y replicó con un zurdazo que llegó limpiamente a la carótida de Johnson, haciéndolo girar como una peonza.

Griffith dijo:

—Es su orgullo, Johnson.

Johnson resopló:

—Todos lo tenemos y nunca me ha gustado que me quiten la novia.

Johnson hizo una finta con la derecha y logró engañar a Yul, porque entonces conectó su izquierda en el plexo solar de su rival.

Griffith retrocedió otra vez hacia el mostrador y Johnson fue en pos de él.

Los dos hombres empezaron a cambiar golpes. Cada vez que hacían un blanco, el que de ellos había recibido el castigo retrocedía, pero enseguida volvía a reanudarse la pelea. El sudor y la sangre bañaban la cara de los antagonistas.

Griffith rodó una vez por el suelo, pero Johnson le aventajó porque midió el piso con sus huesos en dos ocasiones.

El único espectador de aquella lucha era el mozo.

Griffith y Johnson estaban muy cansados y ahora sus golpes no producían efecto. No obstante, daba la impresión de que de un

momento a otro ambos iban a caer al suelo.

Griffith respiró profundamente, y aprovechando un momento en que Johnson había bajado la guardia, le hundió el puño en el estómago y luego le atizó con la zurda en el maxilar inferior.

Johnson se desplomó, una vez más, pero tampoco quedó inerte. Sentóse en el suelo, y después de sacudir la cabeza levantó la mano diciendo:

—Aún no me ha vencido, Griffith.

—Levántese y lo remataré.

Johnson se puso en pie tambaleando, y de pronto se echó a reír.

—¿Qué le parece si dejamos las cosas como están?

—Repítalo.

—Ni vencedor ni vencido. —Johnson cerró y abrió su mano—. Yo también le puedo acertar y entonces sería usted quien quedaría sin conocimiento. Le recuerdo que el fiscal está a punto de terminar.

—Está bien, Johnson. Creo que es un pacto que nos favorece a los dos. —Volvió la cabeza hacia el mozo—. Anda, muchacho, prepara dos *whiskys*.

Los contendientes se acercaron al mostrador dando traspiés, y allá quedaron apoyados sobre los brazos, con la cabeza gacha, tratando de recuperar el resuello.

El mozo sirvió los dos vasos.

—Aquí tienen el estimulante.

Griffith y Johnson sonrieron y luego se miraron a la cara.

—Mi orgullo ha quedado ya satisfecho —dijo Johnson—. Ésta es mi mano, Crawford.

Griffith se la estrechó y después de beber su *whisky* se retiró del mostrador y cogiendo su chaqueta se la echó en el brazo y caminó hacia la puerta.

—Oiga Crawford —lo llamó Johnson.

—¿Qué quiere? —preguntó Yul, volviéndose.

—Le deseo suerte.

—¿Quiere decir que se va?

—Sí. —Johnson sonrió—. Usted tenía razón antes. Soy un tipo ambicioso y creí que en este pueblo la satisfaría, pero no ha sido así.

—He conocido a individuos a quienes gusta pasar por cínicos, y

usted es uno de ellos, Johnson.

—Gracias por la consideración que me tiene. Ahora mismo salgo para Santa Fe.

—¿Qué va a hacer allí?

—Me ofrecieron la dirección del Banco Continental.

Rechacé la propuesta hace una semana, pero ahora la voy a aceptar. —Johnson hizo una pausa, y— agregó sonriente. —El presidente tiene también una hija soltera, y, según me ha comunicado, va a cumplir pronto los dieciocho años.

—Mis felicitaciones.

Griffith le apuntó con el dedo.

—Hasta la vista, Johnson.

—Despídame de ella.

—Lo haré.

Griffith dio media vuelta y salió del local. Echó a andar hacia la sala del Juzgado y cuando estaba cerca miró hacia la casa de Jocelyn, a la cual vio mirándolo muy asombrada.

Griffith le hizo una señal y ella le respondió con otra. Griffith entró en la sala del Juzgado y empezó a abrirse paso por entre los espectadores, los cuales, al ver su estado, se separaron para no mancharse de sangre o sudor.

El fiscal decía:

—Aquí tenéis a los culpables, señores del jurado… ¡Lucky Perkins y Red Dulles! Dos asesinos, dos hombres que quitaron la vida a nuestros prominentes ciudadanos por robar el dinero de nuestro Banco. He demostrado que ellos, sólo ellos, han podido ser los autores de aquel asalto que indignó a la opinión pública.

Griffith había llegado detrás del banquillo donde se sentaban Lucky y Red, y ahora levantó el brazo hacia el juez, diciendo:

—Solicito la palabra, señoría.

El fiscal, un tipo de nariz afilada y bigote espeso, se revolvió, gritando:

—¡Silencio! ¡Estoy hablando yo!

El juez Kane arrugó el entrecejo, mirando al hombre que había hecho la interrupción.

—¿Es usted ese inspector de Comisarías de quien me han hablado?

—Sí, señoría.

—¿Qué quiere?

—Voy a demostrar que Lucky Perkins y Red Dulles no son los salteadores del Banco Ganadero y que, por tanto, tampoco lo fue Yul Griffith. Y sólo lo voy a demostrar de una forma, señoría, acusando al hombre que realmente es el culpable de ese asalto.

Se produjo un gran alboroto en la sala y el juez Kane empezó a golpear la mesa con la maza.

CAPÍTULO XIII

—¡Silencio! —gritó el juez Kane. Y cuando se hizo una relativa calma, agregó—: Si se vuelve a repetir este acto de intolerancia, me veré obligado a despejar la sala.

Finalmente, su señoría volvió a depositar su mirada en el hombre que había dado lugar a aquel incidente.

—¿Está seguro de lo que dice, señor Crawford?

—Absolutamente, juez.

—¡Protesto! —gritó el fiscal—. ¡El señor Crawford no puede testimoniar en este tribunal, puesto que él no se hallaba en Roswell cuando tuvo lugar el asalto!

—Rechazada la protesta —dijo el juez—. Es norma de la justicia de este tribunal al aceptar las sugerencias o declaraciones que contribuyan a dar luz sobre un asunto del que depende la vida de un hombre.

Griffith hizo una inclinación sonriente.

—Gracias, juez.

—Diga lo que tenga que decir, pero hágalo aprisa. —El juez desvió ceñudo los ojos hacia el fiscal—. Ya nos han hecho perder demasiado tiempo esta mañana.

El fiscal encogió la cabeza sobre los hombros y se puso a mirar al suelo como si hubiese perdido algo.

Griffith entró en el espacio destinado al fiscal y al abogado defensor. Éste era un hombre de grueso abdomen que lo estaba mirando boquiabierto.

Lucky sonreía abiertamente y Red Dulles guiñó un ojo a Yul.

Griffith se llevó el puño a la boca, aclarándose la garganta, y luego dijo:

—Su señoría, el asalto al Banco Ganadero de Roswell fue bien

organizado por una persona que conocía las costumbres de ese local. —A continuación, Yul contó de qué forma el cajero abría el arca de caudales, el tiempo que invertía en ello y lo que podía ocurrir cuando el mecanismo anticuado de la caja no respondía a la primera. Luego, agregó—: Los salteadores no podían exponerse a un percance de esta clase, y por ello tenían que estar seguros de que cuando fuesen allá había de estar la caja abierta porque una demora de tres minutos podía ser fatal para el buen éxito de la empresa. Si el tribunal lo permite, voy a presentar a un testigo.

—Hágalo.

—¡Protesto! —exclamó el fiscal.

—Rechazada la protesta.

Griffith se volvió hacia los espectadores.

—¡Blanche Owen!

Se oyó un murmullo y luego apareció en el pasillo la rubia, dueña del saloon Morris.

Yul le señaló el sillón que había en un estrado a la izquierda del juez. El alguacil tomó juramento a la rubia y luego ella se sentó.

Seguidamente, Griffith se acercó, preguntando:

—Señorita Owen, el día del asalto, ¿se disponía a sacar cinco mil dólares del Banco Ganadero?

—Sí, señor.

—¿Con qué objeto extraía usted los cinco mil dólares?

—Para comprar unas tierras en Alcaide.

—¿A quién pertenecían esas tierras?

—A Joseph Krafts.

Yul hizo una pausa mirándose los nudillos despellejados. En esta posición murmuró:

—¿Quiere decir que usted ya había acordado con Joseph Krafts la realización de esa compra-venta?

—Sí, señor.

—¿Cuándo se iba a celebrar?

—Aquella misma mañana.

—¿Usted dijo a Krafts a la hora que iría al Banco?

—Sí, señor.

—¿Qué hora fue ésa?

—A las diez.

—¿Se retrasó usted, señorita Owen?

—No. Nunca me retraso. Todo el que me conoce lo sabe. Si yo quedo citada con alguien, siempre cumplo mi palabra. Por eso se dice por ahí que soy tan simpática.

La gente rió, pero Griffith podía apostar a que no lo había hecho ninguna mujer.

—Gracias, señorita Owens. —Griffith se volvió hacia el hombre de la nariz afilada—. Es su turno, señor fiscal.

Kipling exclamó:

—¡No quiero preguntar nada!

Su señoría dijo a la señorita Owen que podía retirarse y luego se dirigió a Griffith.

—Continúe, señor Crawford.

—Quiero convocar a otro testigo.

—Tiene mi consentimiento.

Griffith se volvió, diciendo:

—¡Richard Hayward!

Se oyeron unos pasos, y seguidamente algunas risas Un hombre empezó a avanzar por el comienzo del corredor. Tenía una cuerda atada alrededor de la cintura, aprisionándole los brazos, y detrás de él caminaba Jocelyn portando un rifle cuyo cañón apuntaba al prisionero.

Las risas fueron aumentando y el juez se vio obligado otra vez a golpear la mesa con el martillo.

—¡Silencio! ¡Silencio!

El cautivo llegó al lado de Griffith, el cual le señaló el sillón.

—Anda, siéntate, muchacho.

—¿Con estas cuerdas?

Griffith vaciló unos instantes, pero vio un cortapapeles sobre la mesa del alguacil, y en pocos segundos libró a Hayward de sus ligaduras.

Richard se frotó las muñecas y fue a ocupar el sillón. Una vez le tomaron juramento, Griffith lo señaló con el dedo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ya lo sabe, señor Crawford.

—Repítelo para que lo sepan todos.

—Richard Hayward.

—¿Cuándo llegaste a la comarca de Roswell?

—Hace seis meses.

—¿Con quién te contrataste?

—Con Joseph Krafts.

—¿Como
cow-boy?

—Sí, señor, como
cow-boy.

—¿Quiere decirse con eso que has hecho siempre las labores propias de un
cow-boy?

Richard se mojó los labios con la lengua.

—No, señor.

—¿Qué otra clase de trabajo te han encomendado?

El testigo tragó saliva.

—Matarle a usted.

Se oyó un gran murmullo.

Ahora Griffith puso la mano en la culata del revólver, observando el último banco de la derecha de los destinados al público. Estaba ocupado por cinco hombres. Justamente los cinco jinetes que él había visto pasar por la calle mientras se encontraba bebiendo su *whisky* en el saloon de Morris.

Las cinco caras parecían talladas en granito, pero sólo una de ellas dibujaba una mueca de crueldad: la de Joseph Krafts. Jocelyn le había descrito al ranchero. Era un hombre de unos cuarenta años de edad, de frente ancha, ojos oblicuos y bigote negro, que casi le cubría la boca.

Griffith, en aquella posición, mirando a los cinco hombres, preguntó:

—Dime, Richard, ¿por qué quería Krafts mi muerte?

—Porque usted estaba ahondando en el asunto y temía que lo descubriese todo.

—¿Qué es lo que el señor Krafts temía que yo descubriese?

—Que él era el hombre que había organizado el asalto al Banco Ganadero.

La respuesta de Richard produjo una verdadera explosión en la sala.

Capítulo XIV

De pronto, Joseph Krafts gritó:

—¡A ellos, muchachos!

Griffith exclamó:

—¡Al suelo, Hayward!

Al mismo tiempo, se lanzó sobre Jocelyn y le propinó un empellón hacia la pared.

Los revólveres esgrimidos por los hombres de Krafts se pusieron a crepitar arrojando plomo.

La sala donde se celebraba el juicio se convirtió en un infierno. La gente gritaba. Un hombre se lanzó de cabeza por el gran ventanal que daba a la calle y la madera se astilló y los cristales se rompieron. Y detrás de él se arrojaron otros hombres locos de pánico.

Su Señoría empezó a pegar golpes con el martillo.

—¡Silencio!… ¡Silencio u ordeno despejar la sala!

Una bala se le llevó la mitad del martillo y después de ver el trozo de madera que le quedaba, desapareció rápidamente tras el estrado.

Dos hombres avanzaron por el corredor en busca de Griffith y de Hayward. Yul apretó el gatillo una, dos veces.

El primer tipo pegó una voltereta y se desplomó de bruces en el suelo y el segundo se detuvo en seco al recibir el plomo en el pecho y también se derrumbó.

Red Dulles se volvió hacia su compañero diciendo:

—Ésta es nuestra oportunidad, muchacho. Escapemos.

Lucky lo atrapó por el brazo.

—Estúpido; ¿es que no te has dado cuenta de que Yul ha demostrado nuestra inocencia?

—¡Pero nos pueden pegar un tiro, Lucky!
—Griffith los tiene a raya.
—Sí, pero las balas no respetan a nadie.
El *sheriff* White también empuñaba su revólver y ahora hizo un disparo hacia el lugar donde había desaparecido Krafts y los dos hombres que le quedaban.
—¡Oye, Krafts, es mejor que te entregues!
—¡Y un cuerno! —exclamó el ranchero.
Jocelyn y Griffith estaban muy cerca uno del otro. Ella ahora lo miró con sus grandes ojos y le sonrió.
—Oh. Yul… Eres maravilloso.
Franckey, el *sheriff* de Mosquero, levantó poco a poco la cabeza y enseguida se dirigió a Griffith.
—No dispare, Yul —dijo—. Hay dos niños delante del Banco donde están ellos.
Krafts soltó una risotada.
—¿Lo habéis oído, chicos? Hay dos niños. No se atreverán a disparar o seremos nosotros quienes nos los carguemos.
Griffith se mordió el labio inferior con fuerza. La mano de Jocelyn le apretó la zurda.
—¿Qué es lo que van a hacer esos hombres, Yul?
Griffith gateó rápidamente alejándose de la joven.
Fue avanzando junto a la pared mientras oía otra vez la voz de Krafts.
—Anda, Bill. Coge a esos muchachos. Ellos nos van a servir de escudo… No te preocupes, no tirarán. Si lo hacen serán culpables de que se derrame sangre inocente.
El *sheriff* White gritó:
—¡No cometas esa infamia, Krafts!
El ranchero soltó una risotada.
—¿Lo vas a impedir tú, White, maldito alcornoque?… Te engañé bien atrayéndote al rancho para que mis hombres cometiesen el asalto. Y todo habría salido bien si ese condenado inspector de Comisarías no se hubiese dejado caer por aquí.
Griffith seguía avanzando silenciosamente hacia la puerta. Sólo le faltaban tres bancos para llegar hasta allá, pero tenía que resguardarse para impedir ser descubierto desde la otra parte.
Las circunstancias estaban a su favor porque muchos

espectadores habían quedado tendidos en el suelo y él se deslizaba por entre ellos subrepticiamente.

De pronto oyó un lloro e interrumpió su carrera levantándose.

Uno de los facinerosos, indudablemente el Bill al que Krafts se había referido, había cogido a un niño de unos siete años por el cabello y tiraba de él con fuerza.

Luego el propio Krafts se apoderó de una chiquilla de cabellos rubios. Tanto uno como otro apuntaban con los revólveres a las criaturas.

Griffith no pudo apretar el gatillo. Estaba seguro de que si no mataba instantáneamente a aquellos dos hombres, no vacilarían en disparar contra los niños.

Krafts soltó otra risotada.

—Bueno, muchachos, ya nos vamos. Y será mejor que os quedéis aquí todos. Al que venga detrás de nosotros nos lo cargamos.

Griffith estaba más cerca de la ventana que había quedado destrozada. Sin vacilar un segundo dio unos pasos y se arrojó de cabeza por la abertura.

Su cuerpo no tocó un solo trozo de cristal. Golpeó en la acera de tablones y siguió rodando hasta el polvo. Se detuvo en el momento en que oía a Bill.

—Fue otro de esos malditos que huyen de la quema.

—Está bien, muchachos —dijo Krafts—. Todos hacia la puerta.

Griffith vio un barril un poco más arriba, junto a la puerta de un bar.

Corrió por la calle y colocóse detrás del barril. Primero apareció el hombre que no llevaba a ninguno de los niños. Luego fue Krafts, quien apretaba junto a sí a la chiquilla rubia, y después Bill, que se escudaba en el muchacho.

Krafts hizo dos disparos por el hueco de la puerta.

—¡Quietas esas cabezas! ¡Al que no obedezca le vuelo la tapadera! —Luego se dirigió al hombre que había a sus espaldas—. Anda, muchacho, prepara los caballos.

El aludido saltó de la acera y se puso a librar a los caballos de sus bridas que los mantenían sujetos al poste.

Griffith se pasó la lengua por los labios. Vio que Bill se disponía a montar a la silla llevando consigo al chiquillo y, naturalmente, Krafts haría lo mismo. Pero ahora aquellos hombres se encontraban

seguros y apuntaban con sus armas hacia las ventanas o la puerta del juzgado.

Griffith se levantó e hizo un disparo contra Krafts y seguidamente echó a correr disparando otra vez.

Krafts lanzó una maldición cuando el plomo se le llevó el revólver que tenía en la mano.

Bill recibió la posta en la frente y se fue hacia atrás dejando caer el niño al suelo.

El otro compinche de Krafts se revolvió listo para disparar el revólver y Griffith, sin detener su carrera, le metió una bala en los intestinos. El tipo lanzó un aullido y se derrumbó en el suelo retorciéndose como una serpiente de cascabel.

Krafts empezó a sacar el otro revólver, pero no quiso soltar a la niña.

Entonces Yul se lanzó al aire en un salto que ni él mismo hubiese podido considerar como posible.

Su brazo atrapó el cuello de Krafts llevándoselo consigo en su caída.

La niña quedó libre golpeando en los tablones y poniéndose a llorar.

Griffith y Krafts rodaron por la acera hasta que sus cuerpos se detuvieron cuando cesó la fuerza que impulsaba a Griffith.

El ranchero salteador lanzó un rugido y pegó un puñetazo en la ya castigada cara de Griffith. Éste apartó la cabeza y eso le salvó de quedar privado del conocimiento, porque los nudillos de Krafts sólo le rozaron la piel.

Replicó con un terrible izquierdazo a las narices de su enemigo y éstas estallaron en sangre.

Krafts rodó otra vez alejándose de Yul, pero cuando se detuvo lanzó un grito de triunfo porque vio indefenso al hombre que tomaba por inspector de Comisarías.

Sentado en la acera, empezó a tirar del revólver.

Yul se dispuso a arrojarse otra vez sobre él como único medio para salvar su vida, pero de pronto sonó un estampido y luego otro.

Krafts se estremeció dos veces y abrió la mano y el revólver cayó al suelo. Tenía un agujero debajo del ojo izquierdo y otro en el pecho, a la altura del corazón. Sus fauces estaban abiertas y de pronto lanzó un extraño ronquido y se desplomó hacia atrás

quedando cara al cielo.

Griffith volvió la cabeza descubriendo en la puerta del juzgado a los dos hombres que habían acabado con la vida de Krafts.

Franckey, el *sheriff* de Mosquero, y White, representante de la ley en Roswell, esgrimían los revólveres de donde habían salido las balas destinadas a Joseph Krafts.

Los dos miraron al joven y sonrieron mientras se acercaban.

White tendió su mano diciendo:

—Confieso que ha sido un buen trabajo, señor Crawford.

Franckey soltó una risita.

—¿Por qué no lo llamas por su verdadero nombre, White?

White volvió la cabeza hacia su colega.

—¿Su verdadero nombre? Ya se lo he dicho.

—No, Mark. El no es Crawford.

—¿Cómo?

—Estás estrechando la mano del tercer acusado, Yul Griffith.

White miró perplejo al joven el cual hizo un gesto afirmativo.

—Sí, White. Yo soy Griffith.

—¡Por todos los santos del cielo!…

—No tuve más remedio que llegarme aquí y me imagino que diciendo que era Griffith no hubiese podido conseguir nada a no ser un buen lazo de cáñamo.

Franckey palmeó la espalda de su colega diciendo:

—Anda White, te invito a una copa. Creo que nos la hemos ganado.

El *sheriff* de Roswell sonrió a Griffith.

—¿No viene con nosotros, señor inspector?

Yul miró hacia la puerta del juzgado por donde en aquel momento aparecía Jocelyn.

—Lo siento, autoridades —dijo—, pero me temo que adquirí un compromiso anterior.

Los dos *sheriffs* miraron a Jocelyn y después de cambiar una sonrisa echaron a andar hacia el saloon de Blanche Owen.

Jocelyn se acercó andando lentamente al lugar donde se encontraba Griffith. Se detuvo muy cerca y al cabo de unos segundos de suspenso dijo:

—No he visto a Johnson.

—Se fue.

La joven parpadeó.

—¿A dónde?

—A Santa Fe. Me encargó que lo despidiese de ti. Va a aceptar la oferta que le hicieron para ser director del Banco Continental y, según parece, se casará muy pronto.

—Lo celebro por él.

Griffith subió a la acera, donde estaba ella.

—Jocelyn.

—Sí, Yul.

—Yo no tengo nada.

—Te equivocas, Yul. Posees lo más importante… Un corazón inmenso… y generosidad y bondad…

El le selló la boca para que no continuase hablando.

Lucky y Red Dulles salieron del juzgado con las manos esposadas gritando:

—¡Eh, *sheriff*! ¡Se ha olvidado de nosotros!… ¡*Sheriff*! ¿Dónde está?… ¡*Sheriff*!…

FIN

¿Recuerda algunos de
los trepidantes títulos
de este polifacético
y moderno autor
de acción...?



KEITH LUGER

Puede de nuevo revivir
inolvidables
episodios del

LEJANO OESTE

leyendo semanalmente
los títulos
de la colección

ASES DEL OESTE

¡ASEGURE SU EJEMPLAR!

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS